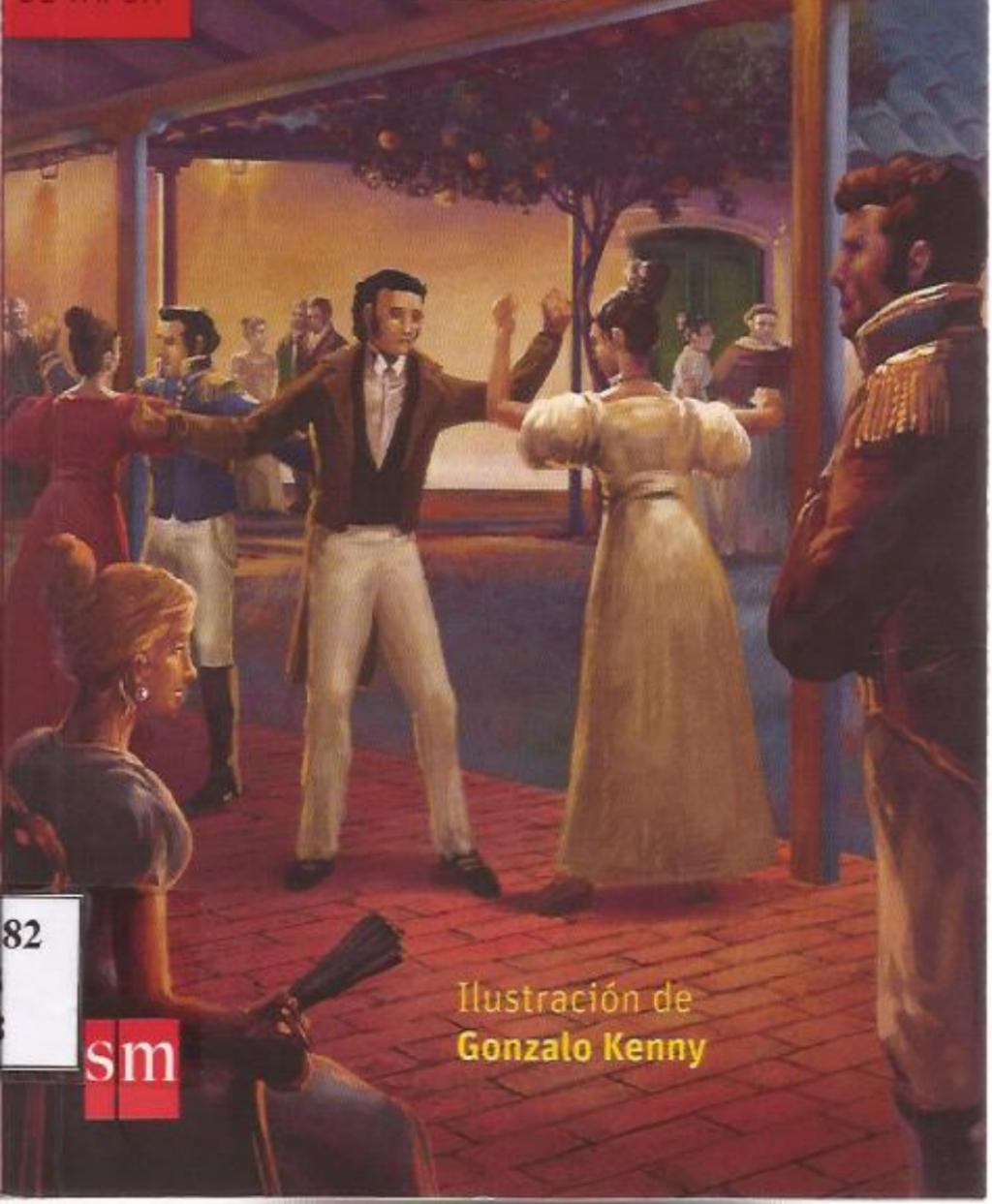




EL BARCO
DE VAPOR

Aquel baile del 10 de julio de 1816

Ricardo Lesser



82

sm

Ilustración de
Gonzalo Kenny



Dirección literaria: Cecilia Repetti

Coordinación de la edición: Mariela Schorr

Edición: Laura Linzain

Jefa de Procesos Editoriales: Vanesa Chulak

Jefa de Diseño: Noemí Blinda

Diagramación: Elisabet Lunazzi

Responsable de Corrección: Patricia Motto Rouco

Gerente de Producción: Gustavo Becker

Responsable de Preimpresión: Sandra Reina

Ilustración de tapa: Gonzalo Kenny

© Ricardo Lesser, 2016

© Ediciones SM, 2016

Av. Callao 410, 2º piso
C1022AAR Ciudad de Buenos Aires

Primera edición: enero de 2016

Cuarta reimpresión: junio de 2016

ISBN 978-987-731-264-5

Hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

Este libro se terminó de imprimir en junio de 2016
en Gráfica Pinter S.A., Buenos Aires.

No está permitida la reproducción
total o parcial de este libro, ni
su tratamiento informático, ni la
transmisión de ninguna forma o
por cualquier otro medio, ya sea
electrónico, mecánico, por fotoco-
pia, por registro u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito
de los titulares del copyright.

Lesser, Ricardo
Aquel baile del 10 de julio de 1816 / Ricardo Lesser;
coordinación general de Mariela Schorr; dirigido por
Cecilia Repetti; editora literaria Laura Linzain. - 1ª ed.,
4ª reimpr. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: SM, 2016.
128 p. ; 19 x 12 cm. - (El Barco de Vapor / Repetti;
Cecilia; 41)
ISBN 978-987-731-264-5
1. Relatos Históricos. I. Schorr, Mariela, coord. II. Repetti,
Cecilia, dir. III. Linzain, Laura, ed. III. IV. Título.
CDD A863

Aquel baile del 10 de julio de 1816

Ricardo Lesser





ERA TUERTO. De vez en cuando le caían pequeñísimas lágrimas involuntarias de su único ojo. Algunas se demoraban sobre la piel, que estaba agrietada como se agrieta la tierra cuando hay sequía. El viejo no se daba cuenta. De vez en cuando, se tocaba el parche que le cubría la falta del ojo derecho.

Dicen que de mozo un potro con demasiadas cosquillas lo despatarró por el suelo. Con tan mala suerte que cayó de brúces sobre el palo en que estaba atado el animal. Desde entonces a Arcadio Talavera le decían *el Tuerto*.

Por las tardes salía a la vereda. Una criada le llevaba una antigua poltrona de quebracho con asiento de suela.

No era raro que Arcadio se quedara dormido en su poltrona. O quizás no, quizás solo cerraba el párpado de su ojo para recordar tiempos idos. Aquella época de las noches alumbradas con faroles de hierro y papel, aquellos años de las tinas llenas de agua tibia en las que se bañaba toda la familia, uno tras otro, al menos una vez cada quince días...

... y aquella levita. Aquella levita de paño azul que había sido de su padre cuando joven y que le había arreglado el mulato Lorenzo Villafañe, el sastre, para concurrir a aquel famoso baile en que se celebró la declaración de la independencia. Arcadio era entonces un mocito de catorce años y todavía no había perdido el ojo, de modo que veía el mundo entero, a izquierda y a derecha.

Se acordaba como si fuera ahora. Fue un miércoles; estaba seguro, porque los miércoles iba a su casa la maestra de piano, una morocha de la que estaba perdidamente enamorado pese a que era seis años mayor que él. Miércoles 10 de julio de 1816.

La noche era de esas noches transparentes de San Miguel de Tucumán. El sol casi se había hecho horizonte ya, pero las montañas todavía insistían en retener los últimos rayos de luz en las cumbres.

Era el primer baile al que concurría Arcadio. Conocía algunos pasos del cielito porque se los había enseñado su hermana Sabina, pero quién sabe si se atrevería a invitar a alguna niña de su edad. Tenía pánico de sufrir un desaire.

Dormitando en su poltrona, el Tuerto evocaba un remolino de faldas femeninas y faldones de uniformes y levitas, manchas que pasaban velozmente y retazos de conversaciones, de requiebros y de murmuraciones de las matronas que cuidaban a sus hijas sentadas en sillas alineadas contra la pared.

A veces los vecinos lo despertaban de su ensueño:

—Buenas y santas, don Talavera.

El viejo levantaba apenas la mano a modo de saludo y se arrebujaba en su abrigo. No quería que lo apartaran de su soñera de galones dorados y botas relucientes.

En el baile, Arcadio había podido colarse, disimuladamente, en los corrillos que formaban los oficiales hablando de la guerra. Eran los héroes de Tucumán y de Salta, los derrotados heroicos de Vilcapugio, Ayohuma y Sipe-Sipe. El muchacho los escuchaba, fascinado...

—Hay quien dice que la declaración de la independencia de ayer es una temeridad —afirmaba un capitán de casaca roja y azul cuyo nombre no recordaba—. Tenemos a los maturrangos ahí nomás, en el Alto Perú, preparándose para atacarnos. También en Chile se están haciendo fuertes.

—Eso no es nada —añadía otro capitán, con altas botas napoleónicas—. Todavía no sabemos si la flota de sesenta navíos y diez mil hombres que mandó Fernandito a América no se nos vendrá encima.

—Y nosotros que todavía decíamos que obrábamos en nombre de Fernando VII...

—Es que no tenía sentido. Como decía el general San Martín: acuñamos nuestra propia moneda, enarbolamos nuestra bandera, le hacemos la guerra al rey y, al mismo tiempo, nos declaramos sus leales súbditos. Una locura.

En su sopor, el viejo veía pasar las historias de amor y de guerra que protagonizaron muchos de los que habían concurrido a aquella fiesta fabulosa. La memoria

no siempre le era fiel, a veces se le desdibujaban algunas caras, algunas circunstancias. Pero se acordaba nítidamente del general.

En el Tucumán de aquel entonces, todos conocían a Manuel Belgrano como "el general", simplemente el general. Como si fuera el único, como si no hubiera habido tantos otros en los treinta y pico de años de guerras civiles que se sucedieron desde entonces.

Era como si lo estuviera viendo: rubiόn, muy blanco, algo rosado, sin barba. No tenía otro lujo que un mandil de paño azul, ni siquiera de cuero, que cubría la silla del moro que montaba. O sí, sí tenía. Los tucumanos veían como un lujo aquella volanta inglesa de dos ruedas con la que solía andar en los últimos tiempos, porque las piernas hinchadas le impedían caminar con soltura.

Aquella noche, el general vestía su modesto uniforme de Cazadores y llevaba puesto un sombrero ribeteado con un cordón que fingía ser de oro. Parecía mentira tanta sencillez en el hombre que era, junto con San Martín, uno de los autores insoslayables de la independencia argentina.

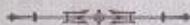
Al evocar a Belgrano, el Tuerto se vio a sí mismo, en la entrada de aquel baile en el que iba a festejarse el hecho más crucial del país que pugnaba por nacer.

Y quién sabe por qué, repentinamente, recordó también a un chiquillo nervioso que porfiaba por entrar y llamaba a voces al general...

EL CAÑONCITO DE PLOMO

En Tucumán, todos conocían La Ciudadela. Así llamaban a la fortificación que, a principios de 1814, había levantado José Francisco de San Martín cuando fue, fugazmente, jefe del Ejército del Norte. Allí vivió Manuel Belgrano al retomar el mando en 1816.

La Ciudadela era un campo atrincherado en las afueras de la ciudad. Cuentan que allí se hacían maniobras para engañar a los españoles. Por la mañana, al son de los pifanos y los tambores, entraban grandes columnas de soldados... que salían sigilosamente por la noche, para volver a entrar al día siguiente.



EL CAÑÓN LE RASPABA LA PIerna. Lo tenía en el bolsillo, en el fondo, con algunas migas y las piedritas para jugar al tinenti. Era grande como una de las ranitas que pescaba a orillas del río Salí, en las afueras de la ciudad. Y pesado. No solo porque era de plomo, también por la culpa.

El cañoncito no era como los que había en La Ciudadela. Esos eran de verdad, cañones de bronce montados sobre cureñas con ruedas de madera. Había que verlos cuando el general Manuel Belgrano ordenaba salvias durante los ejercicios militares. El estruendo hacía volar los pájaros de los árboles, los perros aullaban sin saber por qué y la tierra temblaba (temblaba de gusto, le parecía al mocito).

Juan Bautista Alberdi era un changuito, le faltaba un mes para cumplir los seis años. Pero tenía libertades que los otros chicos no tenían porque su padre, Salvador, lo llevaba consigo en sus frecuentes visitas a la casa de La Ciudadela.

Sucede que el general se encerraba con sus oficiales —según creía Juan Bautista— a jugar con réplicas de

plomo de los cañones de veras. Sobre un tapiz disponían los cañoncitos, que representaban las doce piezas de artillería con que contaba el ejército. Alrededor ubicaban cuatro cartoncitos, que simbolizaban los cuatro batallones de infantería, y, a los costados, dos caballos de ajedrez que figuraban los dos regimientos de caballería que, en la realidad, sumaban un total de dos mil setecientos soldados.

Los realistas eran cuatro mil quinientos. Tenían el prestigio de haber vencido a las tropas de Napoleón. Cómo sería que al regimiento de infantería de Gerona le decían *El Temido*. Eran los mejores soldados de Europa. Y se venían por la Quebrada de Humahuaca.

El general y su plana mayor sabían de los planes de invasión, de modo que se pasaban las horas elucubrando cómo posicionar al ejército entre los cerros de colores. Ideaban combates imaginarios y desplazaban sobre el tapiz los caballitos de ajedrez, los cartoncitos de infantería, los doce cañoncitos de plomo. Unas figuras de cartulina roja representaban al enemigo.

En el tapiz sucedía el entrevero de las lanzas y los sables a todo galope, seguido del ataque arrollador de las bayonetas de los infantes. Pero siempre era fundamental el fuego de mentira de la artillería. Los doce cañoncitos patriotas.

A la hora de la siesta, en el campamento no había nadie. Entonces Juan Bautista se escapaba y se iba donde dormían los cañones tibios por el sol del verano. Se asomaba a las bocas amenazantes de fuego.

Se trepaba y los jineteara como si fueran caballos. Se imaginaba un ejército enemigo felizmente derribado por la metralla.

Todas esas fantasías cabían en el cañoncito que ahora llevaba en el bolsillo. Porque ese cañoncito era un juguete de la imaginación.

Una mañana cualquiera, el general mandó interrumpir las batallas imaginarias para instruir a los reclutas que acababan de incorporarse al ejército. A Juan Bautista le encantaba ver cómo las filas de hombres se movían concertadamente como si fueran soldaditos de plomo. ¡A la derecha!, giro a la derecha. ¡Media vuelta!, medio giro. ¡Alt!

Pero esa mañana, el niño había permanecido en la casa. Sobre el tapiz habían quedado olvidadas la caballería, la infantería y la artillería de ficción. Fue entonces cuando ocurrió.

El chico deslizó uno de los cañones de mentira sobre el tapiz y disparó. ¡Pum! El estruendo desbarató tres o cuatro figuras de cartulina roja. Disparó otra vez: ¡pum! Otras cartulinas rojas. En eso, sintió un ruido en la galería. El general volvía. Se asustó.

Sin pensarlo, Juan Bautista se guardó el cañoncito en el bolsillo y salió corriendo.

Casi enseguida, su padre lo llamó. Era hora de regresar a casa. No tuvo tiempo de devolver la pieza a su lugar en el tapiz sin que nadie se diera cuenta. Y se fue con ella, que le pesaba enormemente en el fondo del bolsillo.

Padre e hijo no tardaron en llegar a su casa. Juan Bautista vivía a diez cuadras de La Ciudadela, en la calle del Cabildo, frente a la Plaza Mayor.

La Plaza Mayor no era plaza, ni mayor, ni nada. Solo un extenso cuadrado donde crecían los yuyos como se les antojaba. De vez en cuando se veía alguna vizcacha que tenía su guarida en los jardines del convento de San Francisco.

En las noches de verano, la plaza se llenaba de luciérnagas que encendían y apagaban su luz verde. Juan Bautista las cazaba cuidadosamente con una red y las metía en un frasco de vidrio para que iluminaran como si fuera un farol. Esto rara vez ocurría, los bichitos de luz perdían su brillo con el encierro por más que fuera un encierro transparente.

Pero ahora el mocito no estaba para juegos. Se lo devoraban los nervios.

Su padre le pidió que lo ayudara a abrir la tienda. La casa en la que vivían tenía dos cuartos que daban a la calle, donde Salvador había puesto una tienda que atendía personalmente.

El de tendero era uno de los oficios más distinguidos en aquella época. Cuando llegaba un cargamento de mercaderías, las vecinas acudían en masa a curiosear las novedades. Que si había traído mahón (una tela fuerte y fresca de algodón escogido) de Menorca, que si había traído loza de Londres... Claro que aquellos eran tiempos de guerra y esos artículos de lujo no se conseguían ni siquiera de contrabando.

Más allá de eso, la tienda tenía de todo. Pañuelos amarillos, agujas de tejer, ovillos de hilo. El tendero también se metía a boticario produciendo aceite de alcanfor para los dolores de panza. Pero lo que más llevaban las niñas era agua de azahar, que hacía machacando flores de naranjo.

Salvador preparaba sus mejunjes en un cuartito y los olores se esparcían por toda la casa. El aroma dulce del agua de azahar se mezclaba con el olor a alcanfor, que se parecía un poco a la menta. Sin embargo, lo que realmente flotaba en el aire era una neblina de tristeza.

Es que Josefa, la esposa de Salvador, había muerto cinco meses después del nacimiento de Juan Bautista. Tenía apenas veinticinco años. "Mi madre había cesado de existir, con ocasión y por causa de mi nacimiento. Mi nacimiento fue mi primera desgracia", diría el mocito cuando fuera grande.

Su hermana María del Tránsito le hacía de madre, pese a que tenía solo diez años. Lo hacía del mismo modo instintivo con el que las chicas juegan con las muñecas. Lo abrigaba a la noche. Le contaba cuentos para que se durmiera. Y lo peinaba muchas veces, más veces de las que Juan Bautista quería.

No le contó del cañoncito a María del Tránsito, seguramente lo reñiría. Se fue derecho al segundo patio de la casa. Ahí estaba el común (así se llamaba entonces a las letrinas), las plantas de lavanda para neutralizar los males olores y el fogón, el dominio de Francisca, la

esclava que cocinaba unas maravillosas tortas de harina y agua sobre el rescoldo.

La mulata también le hacía de madre. Cuando se peleaba con su hermano Manuel, siempre tomaba partido por Juan Bautista. Y más de una vez lo retaba como si fuera su propio hijo, Modesto, que, aunque algo mayor, era el mejor amigo de Juan Bautista.

No más verlo, la mujer comprendió que algo pasaba:

—¿Qué acá, Juan? Andai con la pera —preguntó con el habla del pueblo.

—Nada. ¿Podemos jugar al aro afuera? —los chicos acostumbraban a jugar haciendo rodar un aro de barril con un palo.

—Ta' bien. Vaisé, niño.

Los chicos salieron haciendo bulla con los aros para que los oyera Francisca, pero apenas dieron vuelta la esquina se sentaron a charlar. Juan Bautista le contó todo a Modesto. Que el general ideaba batallas imaginarias. Que ese era un modo de inventar tácticas para parar a los realistas. Que las doce piezas de artillería eran fundamentales en todos los combates. Que los doce cañoncitos de plomo representaban esas doce piezas. Que él se había llevado uno casi sin querer.

—¿Y diái? —preguntó Modesto.

—¿Cómo diái? ¿No te das cuenta de que al general puede faltarle uno de los cañones justo cuando tenga que enfrentar a los maturrangos?

Juan Bautista pensaba raro. Tal vez por las creencias que había aprendido de Francisca. Por ejemplo, ella le decía a su hermano Manuel que no la mirara cuando estaba batiendo la mayonesa porque tenía la mirada “fuerte” y se la iba a cortar. Como si hubiera alguna relación entre la mirada y el punto de la mayonesa. Como si hubiera alguna relación entre los cañones de bronce de veras y los cañoncitos de plomo de mentira.

Modesto le dijo que una cosa no causaba la otra, que la falta del cañoncito de plomo no significaría que el general perdiera batalla alguna. Pero su amigo estaba obsesionado con la idea y propuso un plan: ir a la casa de La Ciudadela y reponer el cañoncito al tapiz de donde nunca debería haber salido.

—Ahicito nomá... —se burló Modesto, a quien las diez cuadras que había que caminar le parecían una distancia de acá a la luna.

Pero no era el único inconveniente. ¿Cómo sortear la guardia de La Ciudadela? ¿Cómo entrar a la casa del general? ¿Y si él estaba ahí y los sorprendía? ¿Qué pretexto le darían para justificarse?

Discutieron un largo rato mientras caminaban por la plaza pateando tréboles. El plan de Juan Bautista era muy riesgoso.

El sol empezó a inclinarse en el cielo. Las sombras de los dos niños se alargaban sobre las calles de tierra. La de Juan Bautista parecía más larga, más afligida.

Hasta que, de pronto, se le ocurrió:

—Padre me dijo que mañana van a hacer un baile en lo de doña Bazán. Van a celebrar... no sé qué. Pero va a ir el general. Me voy tempranito, lo espero y, sin que se dé cuenta, le deslizo el cañoncito en un bolsillo del uniforme. ¿Qué te parece?

A Modesto le pareció bien. Estaba empezando a hacer frío y quería irse a casa.

Al día siguiente, antes de que cayera la tarde, Juan Bautista se apostó en la puerta de la casa de doña Bazán, al lado de una de esas columnas extrañísimas, como retorcidas. Había llegado temprano, pero varios chicos ya estaban prendidos de las rejas. Aprovechando que era bajito, se coló en la primera fila.

Detrás quedó María del Tránsito. La única manera de que Francisca le diera permiso para salir había sido que su hermana lo acompañara. Ella estaba encantada. Vería pasar a las niñas emperifolladas y a sus galanes militares; un espectáculo inusual en aquella aburridísima aldea.

Los invitados fueron llegando cuando empezaban a encenderse los candiles. El primero fue el gobernador de la provincia, vistiendo su uniforme de coronel mayor de Dragones: era Bernabé Aráoz, tío de Juan Bautista.

En San Miguel de Tucumán, los Aráoz formaban un clan. El que no era tío de un Aráoz, era primo o sobrino de otro Aráoz. Juan Bautista estaba emparentado con los Aráoz porque su madre había sido una de ellos: Josefina Aráoz.

De allí que conociera a muchos de los que asistirían al baile, como el teniente coronel Gregorio Aráoz de La Madrid, que era su primo. A otros los había visto en La Ciudadela, como al coronel José María Paz, que traía el brazo en cabestrillo por la herida que había recibido en combate. Paz era uno de los que jugaba a la guerra sobre el tapiz. Cuando lo vio, Juan Bautista se escondió detrás de los otros chicos. No quería que lo reconociera.

Pero el general no llegaba.

Algunos de los invitados, al reconocerlo, le revolvían el pelo al pasar en un gesto cariñoso, que el chico aborrecía. Lo único que quería era que llegara el general.

Ya lo tenía decidido. Se pondría a su costado y, en algún momento de descuido, metería el cañoncito en un bolsillo del general. Y si no podía, lo encararía, le daría la pieza y le pediría perdón. Después asumiría el castigo a pie firme.

Seguía llegando gente. Ahí entraban José Talavera, su esposa doña Mauricia y Arcadio, un mozalbete con una holgada levita de paño azul en la que parecía sentirse incómodo. Detrás, don Victoriano y su hija María de los Dolores Helguero, que era bellísima. Pero el general, no...

Pasó un rato que le pareció larguísimo y... ¡ahí estaba! ¡El general!

Juan Bautista dio unos tímidos pasos hacia él. Pero, al mismo tiempo, varias damas corrieron como

gallinas a darle la bienvenida. Lo envolvieron en un alboroto de cacareos y amplias faldas de seda. Hasta los mocosos encaramados en las rejas abandonaron sus puestos y lo rodearon dando exclamaciones de júbilo.

El general, lejos de detenerse, saludaba con la cabeza hacia uno y otro lado y seguía su camino a paso redoblado. Juan Bautista era muy menudito. No podía acercarse.

—¡General! —gritó, pero el bullicio tapó su voz niña.

El general ya estaba cerca de la puerta. El chico hizo un último esfuerzo; dio un codazo, gritó otra vez...

—¡General!

Pero el general, finalmente, entró. Juan Bautista quedó solo ante la puerta ahora vacía, desolada, con el cañoncito de plomo en la mano.

El Tuerto Talavera creía recordar que después de muchos años, cuando Juan Bautista Alberdi volvió a su Tucumán natal, llevaba en el bolsillo de su chaleco un misterioso amuleto.

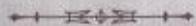
Era un cañoncito de juguete con el caño levemente curvado. Decía Juan Bautista que ese cañoncito de plomo oxidado por el tiempo daba suerte. Lo probaba el hecho de que después de 1816 el general Manuel Belgrano nunca más fue derrotado. Quién sabe por qué lo diría...

LA LEYENDA DEL INMORTAL



En aquel baile de 1816 nadie imaginaba que las Provincias Unidas se dividirían profundamente en dos bandos. Los unitarios, que reclamaban la unidad del territorio garantizada por un poder central, y los federales, que luchaban contra una centralización que restringiera la autonomía de las provincias.

Dirimir estas diferencias llevó más de sesenta años de guerras civiles. En ese tiempo oscuro hubo decenas de batallas. Una de las más crueles fue la que ocurrió en el paraje catarqueño de El Tala el 27 de octubre de 1826, donde se enfrentaron el unitario Gregorio Aráoz de La Madrid y el federal Facundo Quiroga.



CANDILES EN LA GALERÍA. Velones en el candelabro de ocho brazos que habían prestado los franciscanos. Círios acá y allí. Velas de sebo hasta en la parra del patio. Lástima el olor nauseabundo de la grasa de potro de las lámparas. No importa, se necesita luz, mucha luz.

Gregorio Aráoz de La Madrid era un exagerado. El general Belgrano le había encomendado el baile y él quería que la casa de doña Bazán, a la que le habían echado una pared abajo para que sesionaran los diputados, luciera como un palacio.

Salió al patio. Hacía bueno. El sol entibiaba las flores de la enredadera que trepaba por los muros viejos. Al atardecer, alumbraría los cerros. Entonces empezaría el baile, que terminaría con las campanadas del toque de queda, a las diez de la noche. Después nadie podía circular por las calles. Por si los maturrangos.

Dicen que Gregorio era el oficial favorito del general. Era valiente, eso es verdad, valiente hasta la insensatez. Pero todavía estaba verde.

Al menos eso creía su camarada, el mayor José María Paz, que le reprochaba que fuera como un niño

aficionado a los dulces. Es que acostumbraba gastar su dinero en pañales (lo perdía comer la miel con pañal y todo) y dulces, que compartía fraternalmente con sus soldados. Lo malo era que marchaba hacia el enemigo comiendo caramelos de miel de caña de azúcar y, en lo más importante de una operación militar, distraía a alguno de sus hombres para que fuera a buscarle golosinas.

Ahora se paseaba orondamente por el salón, con su frente prominente y su nariz superlativa. Hay que admitirlo, era feo como un cuco.

De a poco empezaban a llegar los jefes. Bernabé Aráoz, su tío segundo, se plantó en la entrada como si fuera el anfitrión. Su esposa, doña Teresa, saludaba inclinando con cuidado la cabeza, no fuera a derrumbarse el altísimo peinado con bucles que quién sabe cuánto tiempo le había llevado componer.

Un mocito que no debía pasar los catorce años deambulaba por la galería con los pulgares en el chaleco, fingiendo un aplomo que en verdad le faltaba. Era el único hijo varón de los Talavera, un tal Arcadio.

De pronto, Gregorio se puso tenso. Entraba el coronel Cornelio Zelaya vistiendo el uniforme verde agua de los Húsares, el mismo que él llevaba. Se cuadró taconeando los talones, cosa que no había hecho con otros jefes. Luego se propuso mirar a los ojos a su superior, pero no pudo sostener la mirada. Como si se sintiera apocado ante su presencia. Fue un instante. Sin embargo, le pareció que los militares y sus mujeres

y hasta las llamas de las velas se quedaban inmóviles, mirándolo.

Pero nadie se dio cuenta de ese momento de vacilación. Zelaya, indiferente, siguió su camino.

No era la primera vez que Gregorio se sentía cohíbido ante su antiguo jefe. No podía olvidar aquel hecho maldito que marcaría su carrera para siempre...

Gregorio se había incorporado al ejército a los diecisésis años. Había participado de algunas escaramuzas y había conocido la alegría que dan los repiques de campana cuando tocan a gloria. Hasta aquel desafortunado incidente.

Fue en una mañana del verano de 1813. Los realistas esperaban en Campos Castañares, al norte de Salta. Gregorio formaba parte de la escolta del mayor general Eustoquio Díaz Vélez, su primo.

El general Belgrano había dado la orden de ataque. Los soldados de infantería iniciaron su marcha hacia el enemigo con los fusiles de chispa sobre el antebrazo. Díaz Vélez les había mandado no abrir fuego hasta que el general lo ordenase.

Desde lejos, los infantes, hombro con hombro, parecían una sola línea azul, por el color de sus chaquetas. De cerca, no eran tan parejos. Algunos veteranos tenían la expresión resuelta de quien ha sobrevivido a una decena de combates. Otros, los novatos, mostraban la palidez del miedo. Pero todos querían que la batalla empezara de una vez, aunque más no fuera para que terminara cuanto antes.

Por eso, Díaz Vélez recorría el frente de batalla dando ánimo a sus soldados. No todos oían lo que decía, pero veían la figura airosa del mayor general parado sobre los estribos. Detrás iban sus ayudantes de campo, Gregorio entre ellos.

De pronto, uno de los ansiosos infantes se echó el fusil a la cara y disparó. Quién sabe por qué lo hizo. ¿Miedo? ¿Coraje? No lo sabremos nunca. Lo que sí sabemos es que la línea azul se deshizo en manchas blanquecinas de humo. Eran los disparos desordenados que hacían los fusileros imitando al primero que había hecho fuego, al que le siguió otro y luego otro más...

Lo malo era que, entre el enemigo y los infantes que disparaban, estaban el mayor general y su escolta. Y, peor aún, los que ya habían disparado estaban amartillando sus fusiles para volver a tirar.

Díaz Vélez gritó para que cesara el fuego. Espoleó su caballo asustado y se metió a galope tendido por un hueco que pudo encontrar entre dos batallones. La escolta siguió precipitadamente a su jefe. El último era Gregorio.

En eso estaban cuando algunos soldados volvieron a disparar maquinalmente sus fusiles. Gregorio sintió como un estremecimiento, un temblor involuntario en el muslo izquierdo. Casi no se dio cuenta. Fue la sangre la que le avisó que estaba herido.

Empezó a desvanecerse. Se iba yendo dulcemente, como quien se adormece, pero antes de caerse del

caballo (lo que hubiera sido una vergüenza), volvió grupas: decidió presentarse ante el teniente coronel Cornelio Zelaya, que era por entonces el jefe del Regimiento de Dragones del Perú.

—Mi teniente coronel, estoy herido.

—Si está herido, retírese a la reserva. ¿A qué viene a avisármelo? —replicó fríamente Zelaya.

Gregorio se sintió morir. No por la bala amiga que llevaba en el muslo, sino porque el tono duro, indiferente, de la réplica le hizo creer que su jefe lo tenía por flojo. Como si fuera un niño acobardado.

Desde aquel episodio, peleó ciento cuarenta combates. Luchó imprudentemente, corriendo riesgos innecesarios. No le importaba morir, lo único que le importaba era demostrar que no era un flojo.

Esto recordaba Gregorio en medio del baile, sin saber que justamente su temeridad lo salvaría de la muerte varias veces, cuando se enfrentara con su más feroz enemigo. Pero para eso tendrían que pasar diez años y muchos sucesos casi de leyenda, que luego serían historia, y que ocurrieron de este modo...

Facundo Quiroga y Gregorio Aráoz de La Madrid se odiaban como se odian los gatos monteses cuando sienten amenazado su territorio. A veces, olfateaban el olor al otro que traía el viento desde los campamentos.

Tres veces combatieron. Cada combate tenía el nombre del territorio en disputa: El Tala, Rincón de Valladares, La Ciudadela. Tres veces Gregorio mordió

el polvo de la derrota. Tres veces se rehizo como por embrujo. Y por embrujo volvió de la muerte. Fue en el campo El Tala, una pradera de pastizales al pie de las montañas. Como si fuera un caballero andante, Gregorio le había mandado a su enemigo un mensajero:

—Dice mi jefe que si tiene usted alguna cuestión personal con él, lo convida a pelear a la vista de las tropas para resolver la querella a solas, sin exponer la vida de los soldados.

Gregorio era como aquellos gauchos que entraban a las pulperías arrastrando el poncho por el suelo, a ver si alguien se atrevía a pisarlo.

Pero Facundo se negó; no quería un lance individual en el que todo quedara librado al azar.

Esperó el momento oportuno para atacar, alineó sus fuerzas en formación de batalla y avanzó. Amaba los entreveros de lanza y cuchillo, con la tropa cuerpo a cuerpo, casi tanto como despreciaba la artillería, esa arma que mata de lejos, cobardemente. Pero dos cañonazos de Gregorio deshicieron la línea de sus infantes y confundieron a sus jinetes, que fueron arrollados por la caballería enemiga. Facundo parecía perdido.

Gregorio se creyó vencedor. No sabía que su oponente tenía una táctica astuta: simulaba una carga, se retiraba como si estuviera derrotado, se dejaba perseguir y, de pronto, volvía riendas mientras la reserva atacaba nuevamente por retaguardia. Y así lo hizo.

Entonces todo fue confusión. Una descarga volteó el caballo de Gregorio y a varios de sus hombres. El

animal se enderezó al instante. Gregorio montó sobre él y, con el impulso, cruzó solo por el medio de la columna de infantes enemigos. No lo tocó un solo disparo.

Regresó a escape para alcanzar a los suyos, que huían. Los contuvo propinando golpes con la parte plana de la espada a los más próximos, y volvió al ataque, recibiendo una nueva andanada de fusilería. Aterrorizados, sus soldados huyeron por segunda vez y por segunda vez los hizo retroceder a palos.

Hubo una tercera carga. El caballo cayó nuevamente a cincuenta pasos de la columna enemiga; lo gró pararse por segunda vez y lo montó, pero no pudo hacerlo mover: le habían atravesado el pecho varias balas. Fue entonces cuando lo rodearon más de quince soldados. Se defendió dando mandobles con su espada. Y ya no supo más.

Después del combate, bajo un sol inmisericorde, en el campo no había más que muertos y heridos llorosos entre los hoyos cavados por los cañonazos. Allí también yacía Gregorio.

Estaba desnudo, con quince heridas de sable. En la cabeza once, dos en la oreja derecha, una en la nariz y un corte en el brazo izquierdo, más un bayonetazo en el omóplato. Y el tiro de gracia que le habían dado para despenarlo.

A Facundo le habían anoticiado de la muerte de su enemigo. Uno de sus coroneles le había mostrado su espada, su sombrero y su uniforme.

Pero Facundo no le creyó. Mandó reunir todos los cadáveres tendidos en el campo, que no eran pocos. Y dispuso que el cuñado de Gregorio, el mayor Ciriaco Díaz Vélez, que había caído prisionero, lo reconociese.

Ciriaco recorrió la larga hilera de cuerpos inertes buscando en ellos las dos únicas señas con las que podría reconocer a su cuñado: la cicatriz en el muslo izquierdo de aquella primera herida y un diente que le faltaba en la mandíbula inferior.

Ciriaco informó, algo confundido:

—El coronel La Madrid no está entre los muertos.

Los soldados que creían haberlo visto morir murmuraban que era inmortal.

Nada de eso. Simplemente, tres de sus hombres lo habían encontrado inconsciente, sin otra prenda que un escapulario de María Santísima de las Mercedes. Lo levantaron y echaron a andar.

La marcha fue trabajosa porque, a cada rato, el general roto quería dejarse caer del caballo.

—No me rindo, no me rindo —deliraba Gregorio.

El caballo lo ató al caballo y así llegaron a un rancho amigo. Con unas varas y un poncho fuerte armaron una camilla de esas que sirven para transportar difuntos y lo sacaron penosamente del monte. Al llegar al camino real, lo subieron a un carro rumbo a Tucumán. Gregorio se desvanecía a cada rato. En su sopor creyó oír que las campanas tocaban a agonía; tres campanadas, diez segundos, tres campanadas...

El carro se detuvo en la puerta de la casa de su prima Ceferina Aráoz. En ese instante, Gregorio perdió el conocimiento y no lo recobró hasta un mes después. En el cuerpo tenía estampadas las pisadas de los caballos y las culatas de los fusiles.

Entre tanto, Facundo —que temía el rumor de la inmortalidad de Gregorio— publicó un bando imponiendo la pena de muerte a quien dijera que La Madrid estaba vivo. Como una prueba de que había fallecido, le enseñaba a todo el mundo el sombrero hecho pedazos, la chaqueta con el bayonetazo, la perforación que la bala había dejado en la tela y la espada con diecisésis muescas, producto de los diecisésis golpes que había parado antes de desmayarse.

Cuenta la leyenda que Facundo supo finalmente que Gregorio, aquel otro gato montés al que odiaba, había sido amparado en la casa de su prima Ceferina. Dicen que estuvo días acechándolo bajo la sombra de una higuera que había en el patio de aquella casa. Fue en vano. Hacía rato que Gregorio se había ido.

También dicen que, poco después, Facundo recibió una nueva carta de Gregorio: "El muerto de El Tala desafía a Quiroga...". Una pesadilla.



LA NIÑA Y EL GENERAL

Afines de 1815, la suerte de la Revolución de Mayo parecía sombría. Las tropas patriotas habían sido derrotadas por los realistas y se habían perdido para siempre las provincias del Alto Perú.

En esas circunstancias, llegó a Buenos Aires el general Manuel Belgrano, que regresaba de una misión diplomática en Europa. Era el hombre providencial.

El general se quejaba de que lo consideraran "el único capaz de componer este reloj con el muelle roto". Sin embargo, en 1816, aceptó volver a tomar el mando del Ejército del Norte para arreglar aquella desvencijada máquina militar.



LE DOLÍAN HORRORES LOS PIES. Estar mucho tiempo parado le hinchaba las piernas hasta lo indecible. Por eso había ordenado que el baile terminara con el toque de queda, ni un minuto después. Ya bastante suplicio era soportar las botas. Esa noche iba a tener que pedir que lo ayudaran a sacárselas. No sería fácil: las pantorrillas inflamadas pugnaban contra el cuero como si quisieran romperlo.

El general venía maltratado por esos relámpagos de fiebres y escalofríos que los quechuas llamaban *chicho*, característicos de la malaria. Lo único que lo calmaba era la tisana de corteza de quino que le daba su médico.

Pero parecía no haber remedio para los dolores reumáticos. Antes de venir, el buen doctor le había dado un poco de polvo de Dover, un producto que contenía opio; pero ya nada le hacía efecto. A veces, hasta tenían que echarle una mano para que pudiera montar su caballo, un moro mansísimo al que tenía precisamente por su andar tranquilo.

Ahora oía, como de lejos, la música de la banda de los Dragones de la Patria. "Música" es un decir. Los

pobres musiqueros militares hacían lo que podían. Estaban hechos a los toques cuarteleros: *la generala*, para ponerse sobre las armas; o *a degüello*, para indicar la lucha sin cuartel, sin hacer prisioneros y cortando gargantas de oreja a oreja. Por fortuna, había algunos oboes y una trompeta que soplaban, no siempre entonadamente, algún cielito, algún pericón.

El general, acostumbrado de mozo a la música gallante de la corte madrileña, consentía las disonancias de los musiqueros con el mismo temple con que se resignaba al dolor de pies.

—Mi general, la gente espera que usted abra el baile —le dijo el teniente coronel Gregorio Aráoz de La Madrid.

—¿Yo? No, no acostumbro —respondió, pensando en su sufrimiento.

—Justamente, es la costumbre, mi general. Las damas tomarían como un desaire que usted no bailase.

—Bueno, está bien. Bailaré, pero con una condición: que la música sea suave y lenta. Elija a una joven e invítela a bailar conmigo la primera danza.

Ni bien La Madrid miró hacia donde estaban las damas, hubo un revoloteo de niñas y no tan niñas, ya que todas se dieron cuenta de que podían llegar a ser la elegida. Alguna se acomodó los bucles, otra se alisó las faldas, y no faltó la que detuviera sus ojos en el general de manera codiciosa.

Pero La Madrid enfiló derechamente hacia el rincón donde estaba Solana Cainzo, una niña que era su

nombre. *Solana* es el sitio donde el sol da de lleno. Y así era Solanita: un sol.

El general le ofreció la mano, fueron hasta el centro del salón y se colocaron en posición de firmes (Belgrano, con el pie derecho —el que menos le dolía— ligeramente adelantado).

Los Dragones empezaron a tocar. Vaya a saber cómo se las ingenió el pobre director de la banda. Mezcló un poco de gavota con otro poco de minué, todo a ritmo lento, pausado. No le salió mal... Desde entonces aquella mezcolanza musical se conoce como *la condición*: la condición del general.

Con el último acorde, Belgrano hizo una pequeña reverencia a Solana y la acompañó hasta donde estaba su madre. Doña María Francisca amagó con iniciar una conversación, pero él realizó una oportuna retirada estratégica y la dejó con la palabra en la boca.

Cruzó elegantemente el salón y se desplomó en el primer sillón que encontró. Los pies le dolían terriblemente. Le pidió a un mocito que andaba por ahí, un tal Arcadio Talavera, creyó recordar que se llamaba, que le hiciera la merced de traerle un aguardiente. Las botas eran una tortura.

De pronto, vio como una aparición. Por el pasillo avanzaba una mujer. Era deslumbrante. Detrás de ella, un candelabro de pie recortaba de luz su figura. Llevaba un vestido imperio, una sencilla túnica de talle alto al modo de Josefina Bonaparte, bajo la cual se le adivinaba el cuerpo esbelto.

Sintió que la conocía, pero no pudo recordar de dónde. Esos bucles rubios, esos ojos café... Al lado de la espléndida joven iba un hombre mayor, quizás su padre... ¡Pero si era don Victoriano Helguero! ¡Entonces ella debía ser María de los Dolores!

El general la había conocido en casa de los Helguero, cuando María de los Dolores era una niña de... ¿catorce años, quizás? Claro, de esto hacía cuatro años. En ese entonces, la adolescente tenía la cara llena de espinillas y granos, el pelo lacio. En las tertulias no decía ni pío. Y ahora... esta mujer...

Se levantó presurosamente y fue al encuentro del hombre:

—¡Don Victoriano, tanto tiempo! Acabo de llegar a San Miguel de Tucumán y no tuve oportunidad de ir a visitarlo.

La muchacha le hizo una leve reverencia pero, en vez de inclinar la cabeza como era usual, lo miró fijamente con sus ojos color café, color tierra oscura y profunda.

Al general se le olvidó su malestar. No se movió en toda la noche de al lado de María de los Dolores y hasta bailó. Era inevitable: el amor tenía que llegar y llegó.

El 4 de mayo de 1819, María de los Dolores dio a luz a una niña. En aquellos tiempos, a los recién nacidos se los bautizaba con los nombres del santoral.

Pero este no fue el caso: la bautizaron como *Manuela* (pese a que no había nacido el 28 de junio, la fecha

onomástica de esa santa) *del Corazón de Jesús* (aunque la celebración del Sagrado Corazón corresponde al 12 de junio).

De modo que los nombres de la niña —Manuela del Corazón de Jesús— fueron una clara señal de que había nacido la hija del general Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano.

LA ADIVINA

Después de la derrota de Sipe-Sipe (29 de noviembre de 1815), el Ejército Auxiliar del Perú, más conocido como Ejército del Norte, estuvo acantonado en San Miguel de Tucumán entre 1816 y 1819. La vida cotidiana de los tucumanos se vio profundamente alterada por esa presencia.

Los artesanos y los peones, los pardos y los morenos, y aun los "vagos y malentretenidos", tomaron las armas. No había familia que entre los suyos no tuviera algún caído en batalla.

En la ciudad había más mujeres que varones, buena parte de los cuales vivía en el campamento de La Ciudadela.

Las niñas casaderas no tenían demasiadas oportunidades. Salvo con los oficiales del Ejército Auxiliar.



PARECIAN TRES MUÑECAS IDÉNTICAS. Las tres de negro. Peinetones de carey de las Indias Orientales sujetando el pelo negro. Vestidos de seda negra, abanicos de encaje negro, zapatos de negro raso.

Estaban sentadas, muy erguidas, una al lado de la otra, en tres sillas negras, que eran del convento de los franciscanos. Sin hablar entre ellas, se abanicaban al unísono, moviendo lentamente el aire a la derecha, a la izquierda, a la derecha.

Don José Ignacio Garmendia, el padre, las custodiaba como se custodia un cofre de piedras preciosas. Ellas: rectas, tiesas, en silencio. Pero los ojitos (ojos negros, por supuesto) bailoteaban bajo las negras pestañas. Miraban de allí para acá, registrando minuciosamente a los muchachos que caracoleaban por el salón como si fueran caballos nerviosos.

Eran las Garmendia: María de la Cruz, Luisa y Crisanta de la Trinidad.

Las tres hermanas habían pasado ya la edad de mercer. María de la Cruz tenía veintiocho años; Luisa, veintisiete, y Crisanta de la Trinidad, diecinueve. Las

niñas "decentes" se casaban entre los catorce y los diecisiete años. Desde los diez, les enseñaban a ser buenas esposas. Las más avisadas sabían leer y escribir, una habilidad poco recomendada porque entonces podían redactar esquelas imprudentes a noviecos indeseables.

Las Garmendia sabían todo lo que una niña debía saber: coser, bordar, conversar puerilidades simpáticas, bailar minués, tocar la guitarra y cantar pasablemente. Pero seguían solteras. Y no tenían demasiadas opciones: debían casarse o hacerse monjas. La soltería estaba mal vista.

Así que las tres hermanas habían llegado al baile con expectativas. El salón estaba lleno de oficiales casaderos que no tardarían en entrar en combate, lo que les daba un aire romántico irresistible.

Se habían sentado en una misma fila, de negro hasta los pies vestidas, deseando que un buen mozo las sacara a bailar. Pero no cualquier buen mozo.

Doña María Elena, la madre de las hermanas Garmendia, era célebre por las tertulias que ofrecía en su casa. A la tardecita, después de sus trajines en La Ciudadela, caían los oficiales con unas ansias de ternura que nunca se hubieran animado a confesar a sus rudos compañeros de armas.

Las niñas escuchaban amablemente aun las torpezas de los galanes de costumbres cuarteleras. Desde muy pequeñas, a los siete u ocho años, habían aprendido a manejar el abanico con coquetería, a bailar las

complicadas coreografías de la contradanza, a tocar alguna canción en la guitarra.

Eso sí, doña María Elena siempre estaba ahí, controlando. Era imposible ver a las muchachas sino en compañía de la madre, alguna tía o alguna amiga casada. Cuando llegaba una visita, la matrona se instalaba en la sala. Permanecía allí, distraída con el mate o el rosario, a veces sin decir palabra. Estaba, simplemente.

Lo mismo ocurría cuando salían de paseo. Las niñas caminaban por la vereda en fila, una detrás de otra; y doña María Elena tras ellas, como una fragata vigilante. Los mozos podían sumarse al desfile, solo necesitaban el salvoconducto de una leve inclinación de la cabeza o un gracioso movimiento del abanico. Después los pretendientes podían acompañarlas en su trayecto y susurrarles las linduras que quisieran, lejos del oído de la madre.

De todos modos, hasta ahora había pocos donjuanes. Varios oficiales asistían con frecuencia a las tertulias de las Garmendia pero, al parecer, eran demasiado tímidos. El tiempo pasaba y el temor a quedar solteronas aumentaba.

En una de esas siestas de verano en las que no se oyen más que las chicharras, Crisanta de la Trinidad les preguntó a sus hermanas:

—¿Y si consultamos con María Pasteles? Dicen que adivina el destino de las personas.

—Ni hablar de esas chinas! —contestó María de la Cruz, que era algo timorata—. El otro día Marica, la

cocinera, me contó que una hechicera le hizo un daño a los Bermúdez: armó unos muñecos de trapo que representaban a la familia y los enterró entre las raíces de un álamo al cuidado de un sapo gigantesco. Andaban como sonhos, los Bermúdez.

—¡Bah, niñerías! ¿Quién va a creer esas supersticiones?

—Mirá, María de la Cruz, una cosa es la hechicera que hace el daño y otra es la curandera que repara lo dañado —intervino Luisa, que siempre mediaba entre sus hermanas—. ¿Acaso madre no llamaba a la Pancha cuando teníamos indigestión? Un pellizcón en la espalda y adiós empacho.

—Ni una cosa, ni la otra —aclaró Crisanta de la Trinidad—. María Pasteles dice la buenaventura. Me han dicho que estudia las líneas de la palma de la mano y, no sé cómo, lee el futuro de cada uno. Mirá, las líneas de mi mano son diferentes a las tuyas.

Las tres hermanas se miraron las manos como si allí estuviera su porvenir.

—La verdad, a mí me gustaría saber si voy a casarme —dijo María de la Cruz, que era la más grande.

—¡Y con quién! —exclamaron, casi al unísono, las otras dos.

Llamaron, pues, a María Pasteles.

La recibieron en el patio de atrás, donde estaban las lavandas, una tarde en la que doña María Elena había ido de visita a lo de su cuñada.

Apenas llegó la vidente, las tres hermanas al mismo

tiempo, entre sonrisitas nerviosas, extendieron las palmas hacia arriba.

La adivina se tomó su tiempo. Encendió un cigarro con un mechero de yesca. Se acomodó las faldas. Observó en silencio las líneas de la mano de cada una de las hermanas Garmendia. Y habló con un ronco hilo de voz poco menos que inaudible.

Esto fue lo que dijo María Pasteles:

—Mis niñas, las tres se casarán. Y las tres lo harán con oficiales del ejército.

Hizo una pausa.

—Pero solo una de ustedes será una primera dama.

—¿Quién? ¿Cuándo? —prorrumpieron las tres, que no podían más de la excitación.

—Tiempo al tiempo... —repuso María Pasteles—. El tiempo dirá.

Y allí estaban las hermanas Garmendia, sentaditas, esperando que el futuro las llamara a su destino de primera dama. Primera dama, ¿de quién?

Los oficiales miraban disimuladamente a las niñas, que se dejaban mirar como quien no quiere la cosa. También ellas miraban, a hurtadillas. Era todo un arte aquél de mirar y ser mirado pero sin que se notara.

Varios de los galanes eran asiduos concurrentes a las tertulias de doña María Elena. ¿Sería alguno de ellos?

¿Sería el teniente coronel italiano Emidio Salvigni, uno de los edecanes del general, tan gracioso porque apenas chapurreaba el castellano?

¿Sería el teniente coronel porteño Gerónimo Helguera, otro de los edecanes de Belgrano, que memoraba sus hazañas militares como un colibrí que agita sus alas para atraer a la hembra?

¿Sería el coronel chileno Francisco Antonio Pinto, que era más formal y decía sus galanterías a las niñas pero sin comprometerse demasiado?

Las hermanas Garmendia se abanicaban lentamente al unísono. En el lenguaje del abanico, ese era un mensaje evidente: "no tengo novio". Pero los donjuanes, hechos a las rusticidades del cuartel, no entendían esas señas sutiles.

No se sabe si las sacaron a bailar, ni quiénes lo hicieron. Es posible imaginar que Emidio, Gerónimo y Francisco Antonio se acercaron, botas de charol negro, negros correajes. Que hubo, quizá, una mirada, un piropo.

Lo cierto es que, quinientos días después de aquella noche, en una misma ceremonia apadrinada por el general Belgrano, María de la Cruz se casó con Emidio Salvigni, Crisanta de la Trinidad con Gerónimo Helguera y Luisa con Francisco Antonio Pinto.

Tuvieron suerte, no se quedaron para vestir santos.

Y tal como había predicho María Pasteles, pasados casi diez años, una de ellas llegó a ser primera dama... Fue cuando su esposo accedió al cargo de presidente de la República de Chile.

● EL TRAIDOR

El triunfo del Ejército del Norte en las batallas de Tucumán (24 de septiembre de 1812) y de Salta (20 de febrero de 1813) desbarató la intención española de avanzar hacia el corazón de las Provincias Unidas. Pero las sucesivas derrotas de Vilcapugio (1 de octubre de 1813), Ayohuma (14 de noviembre de 1813) y Sipe-Sipe (29 de noviembre de 1815) cerraron definitivamente el paso hacia el Alto Perú.

Esos combates, y las posteriores batallas de la Campaña de los Andes, constituyeron los episodios mayores de la guerra de la independencia, que fue, ante todo, una guerra de americanos contra americanos. Porque buena parte de los jefes realistas eran americanos y la mayoría de las tropas también lo era.

LAS RISOTADAS HERÍAN EL AIRE MANSO DEL BAILE. En un rincón, algunos jefes chacoteaban entre ellos. Se contaban unos a otros las peripecias de los combates como si nunca las hubieran oído. Por el puro gusto de oírlas otra vez.

En el corrillo estaban el coronel mayor Francisco Fernández de la Cruz, el mayor José María Paz, el comandante Juan Bautista Bustos, el mayor Gregorio Aráoz de La Madrid, el coronel Francisco Antonio Pinto y Arcadio Talavera, que se había colado y que se reía él también cuando veía que los oficiales se reían.

Todos esos hombres (salvo Arcadio, que estaba allí de metido nomás) eran gente de coraje. Para ellos, lo importante no era ganar o perder, ni siquiera vivir o morir, sino haber vivido o muerto con coraje. Por eso los jefes no evocaban solo sus victorias, sino también sus derrotas y quiénes habían sido sus enemigos ilustres, como el coronel realista Saturnino Castro.

Para empezar, Castro había nacido en Salta. Es decir, era una cuña del mismo palo. Y, ya se sabe, no hay peor cuña que la del mismo palo. Para un guerrero no

hay enemigo peor que el que proviene de la misma comarca y, sobre todo si pelea con las mismas tácticas.

Las tropas de Saturnino, como las patriotas, estaban mayoritariamente formadas por naturales del Alto Perú. Aquellos hombres nacidos de la tierra combatían del mismo modo. Se enardecían, gritaban como poseídos cuando cargaban, hacían un culto de la valentía.

El salteño tenía un color cobrizo subido, parecido al de los hombres que comandaba. Era muy delgado, el rostro descarnado, los ojos pardos muy abiertos, como los de los pumas cuando cazan. Altanero, severo, colérico, impulsivo. Su única debilidad era una mujer, Joaquina. Todos estos rasgos lo llevarían a la muerte.

—Uno de los grandes momentos de esta guerra por la independencia fue cuando los maturrangos se rindieron en Salta —les decía a sus camaradas el coronel Pinto, mientras miraba de reojo a unas hermosas jóvenes vestidas enteramente de negro, las hermanas Garmendia—. No podían creer que una banda de rebeldes herejes, como nos llamaban, los hubiéramos vencido. Se sorprendieron, incluso, de la generosidad civilizada del general.

Belgrano había dejado libre al comandante en jefe del ejército realista, el peruano Pío Tristán, y a sus tropas, a cambio del juramento de no empuñar nuevamente las armas contra las Provincias Unidas. Hasta les concedió honores de guerra.

—Sé, mayor Paz, que usted nunca estuvo de acuerdo con esa capitulación —dijo Pinto.

—Es que, mi coronel —contestó Paz—, el gesto magnánimo del general nos costó las derrotas que vinieron después. ¿Quién podía creer que tres mil soldados aguerridos dejarían los campos de batalla solo por cuestiones de honor? Después de que sus obispos los absolvieron, ¡adiós juramento! Volvieron a atacarnos sin ningún cargo de conciencia.

Mientras Pinto afirmaba con la cabeza, Paz agregó:

—Ahí tiene el ejemplo de Castro, sin ir más lejos: estoy convencido de que el mismo día que depuso sus armas, ya estaba tramando retomarlas sin importarle un higo seco su compromiso de no hacerlo.

—Es cierto... —terció La Madrid—. Era un hombre arrogante. Su soberbia sobresalía entre la oficialidad maturranga. Me acuerdo de aquella mañana de domingo. Era el 21 de febrero, si no me equivoco. Las campanas de San Francisco repicaban alborozadas...

En el baile, cada patriota evocaba al engríido Castro, aquel día de la rendición tras la batalla de Salta...

Saturnino se ajustó fieramente el sable en el tahalí. Montó de un salto altanero y salió al mando de sus jinetes alicaídos. Banderas desplegadas, clarines y pífanos mudos.

A las tres cuadras, desmontó. Con un desprecio evidente, tiró su sable y su correaje al montón de armas que iban arrojando sus camaradas. Sus ojos destilaban desdén, mientras el ruido del sable golpeaba torpemente la tierra.

Tras él, los artilleros entregaron sus cañones y sus baquetas, los lanceros sus lanzas, los tambores sus cajas. Y el abanderado, la real insignia.

La derrota es un accidente de guerra del que nadie está librado, pero Saturnino la sintió como una ofensa. Acaso porque se estaba rindiendo en su tierra natal. Tal vez por eso sintió la urgencia de volver al combate pese al juramento; era una manera de aliviar la rabia. Lo cierto es que, desde entonces, sus enemigos lo llamaron despectivamente *el Perjuro*, el que no tenía palabra ni honor.

El mayor La Madrid retomó la conversación:

—Algo de razón tiene Paz. El escuadrón de húsares que comandaba ese maldito Castro estaba formado por soldados que habían roto su juramento. Y vaya si nos la hicieron ver negra en Ayohuma.

Los oficiales se pusieron serios. Habían perdido muchos camaradas en esa jornada infiusta. Hubo un largo silencio. Solo se movía el humo de los cigarros.

En el Alto Perú, en la llanura de Ayohuma, la victoria los había vuelto a traicionar, como ya lo había hecho en la pampa de Vilcapugio. Después de esas derrotas sucesivas, aturdidoras, lo único que podían hacer era salvar lo poco que quedaba de un ejército frágil.

Los realistas iban en su persecución. El general Belgrano mandó entonces al coronel Cornelio Zelaya que protegiera la retirada con ochenta de sus descalabradados jinetes.

El coraje no es la cosa mejor repartida en el mundo, diría el poeta. Los hombres, poco a poco, fueron escriviéndose y, al rato, no quedaban más que el coronel Zelaya, el por entonces capitán José María Paz y unos quince o veinte hombres de tropa. Por fortuna, los perseguidores no se empeñaron demasiado...

—Fuera de algunos tiros disparados al acaso —comentó Paz a sus camaradas, que ya casi se habían olvidado del baile—, la persecución quedó reducida a una multitud de insultos y provocaciones que Castro y Zelaya se arrojaron, mutuamente, como piedras. *Porteño!, cobarde!, disparador!*, gritaba uno. *Ladrón!, Castro mulato!*, respondía el otro.

De nuevo estallaron risotadas.

—Hasta hubo un desafío personal y singular entre ambos —prosiguió Paz—, que no ocurrió porque no los dejábamos solos y porque era una majadería.

—Por supuesto —intervino La Madrid, que de esto sabía—. Pero yo hubiera aceptado, mire. Castro y yo a solas; sable y poncho, no más —se ilusionó.

Pinto lo miró con aire reprobatorio. “Este La Madrid sigue siendo un atolondrado”, pensó.

—Un entrevero de esa índole hubiera entorpecido la retirada —concluyó Paz en voz alta—. De todos modos, a esas alturas, era poco lo que podíamos hacer.

Después de la derrota en la pampa altoperuana de Sipe-Sipe, a fines de 1815, al Ejército del Norte no le quedó más remedio que replegarse sobre Tucumán.

Por eso el coronel Castro pudo entrar tan orondamente en Salta un tiempo después.

Ni Pinto ni ninguno de los oficiales que departían en el baile habían visto la entrada de Castro en Salta al mando de sus ochocientos dragones. Se hubieran irritado sobremanera porque aquello había sido un desfile triunfal.

El soberbio coronel llegaba montado en su mejor caballo, un palomino de un singular color rubio. Llevaba botas de charol, el pelo aplastado con aceite y un pañuelo empapado de agua florida, que vaya a saber de dónde la había sacado.

Tanto presumir era por si lo veía entrar Joaquina Sancetenea, una quinceañera petisita de muy buena estampa, de la que estaba enamorado. Era una niña de abolengo y realista hasta los tuétanos, aunque en esa época hablaba más de peinetas y de cintas que de guerra.

No pasó mucho hasta que empezaron a noviar.

Y cuando estaban en lo mejor del romance, un mal día una partida patriota tiroteó a los centinelas acantonados a las puertas de Salta. Sintiéndose vejado, el coronel Castro salió impetuosamente a perseguir a "esos infames", así dijo, al frente de sus mejores hombres.

No podía imaginar que, emboscados en los matorrales del río, los estaban esperando los Infernales de Güemes. Saturnino receló, había demasiado silencio en ese campo de arbustos espinosos. Mandó parar.

Pero era tarde: ya tenían a los gauchos encima. Hubo que galopar a toda prisa a la ciudad, Saturnino en medio de sus jinetes en fuga. Una ignominia.

También fue una humillación cuando, en otra ocasión, las montoneras se hicieron perseguir hasta unas lomas cercanas. Ni bien los realistas las treparon, una tormenta de boleadoras manejó las patas de los caballos y los jinetes fueron a dar grotescamente al suelo, mientras los de Güemes les robaban las armas como a chiquillos. Había empezado la guerra gaucha.

Estos reveses —tan poco marciales, a decir verdad— ensombrecieron el prestigio de Saturnino, que fue desplazado de la jefatura de la vanguardia. Es más, le impusieron un arresto de diez días. Y eso no fue lo más doloroso. Lo que más lo humilló fue el descrédito. No solo como militar, sino también como varón. Porque ¿cómo quedaba ante Joaquina, tan acostumbrada a sus compadraditas...?

Tal vez en aquel instante en que Joaquina le hizo un mohín de disgusto y retiró su mano —la que Saturnino buscaba tiernamente— fue cuando la noche perdió su perfume y las luciérnagas del jardín, su luz.

El coronel Castro sintió aquel mínimo desaire como lo que era: la peor de las derrotas. El comienzo del fin. Ya no era la primera espada del ejército del rey; tampoco era el galán que Joaquina había amado alguna vez. El mundo se había resquebrajado y él con el mundo.

Sabe Dios por qué lo hizo. Pero Saturnino Castro tomó el camino sin retorno de la traición.

Pretendió —nada menos— sublevar a las tropas realistas y volcarlas a las filas revolucionarias. In genuamente, supuso que el Regimiento de Cuzco le respondería porque sus soldados eran americanos como él.

Se fue a Moraya, en el Alto Perú, adonde estaba instalado el regimiento. Trató de convencer a los oficiales. No hubo caso; sus camaradas, sus propios camaradas, lo aprehendieron.

Lo sometieron a un juicio sumarísimo. La sentencia: fusilamiento inmediato. Su regimiento reclamó el honor de pasarlo por las armas.

En esa época, al enemigo se lo ejecutaba de frente al pelotón, pero los traidores no merecían ni esa consideración. El coronel Saturnino Castro, aquel hombre altanero, severo, colérico, impetuoso, fue fusilado por la espalda.

• EL ÚLTIMO CIGARRO

Tucumán fue fundamental no solo cuando se declaró la independencia, sino también cuando hubo que sostener el territorio que era, de hecho, el límite norte de las rebeldes Provincias Unidas.

En 1814, el Director Supremo Gervasio de Posadas creó la Gobernación Intendencia del Tucumán, que comprendía también a Catamarca y Santiago del Estero. Sobre ese inmenso territorio, en 1820, Bernabé Aráoz fundó la República Federal del Tucumán, que no era autónoma, sino un Estado federal integrado al resto de las provincias argentinas.

Poco tiempo después, Aráoz fue derrocado. Catamarca y Santiago del Estero se separaron. La República Federal del Tucumán se deshizo. Comenzaban las guerras civiles.



LO QUERÍA COMO A UN HIJO. Pero no le iba a permitir insolencias.

La cosa empezó con un alazán precioso, un caballo fino, disparador. Cuando le daba el sol en el lomo era una alegría. Javier López lo había domado como los indios, con caricias, palmadas, paciencia. Porque, decía el muchacho, un caballo no tiene maldad, cocea solo cuando se siente agredido. Hay que enseñarle sin rebenque, sin espuelas.

Javier amaba a ese caballo. Pero no era suyo. Era de la tropilla de las estancias que habían sido de los Aráoz desde hacía tanto tiempo, que ya nadie se acordaba desde cuándo.

Un mal día, Javier quiso llevarse al alazán para correr una cuadrera en un terreno escabroso. Don Bernabé le dijo que no, tenía miedo de que se mancara. Habría que haber visto al mozo. Casi se le tiró encima para pecharlo. Don Bernabé alzó apenas el talero. Se miraron feo.

No fue más que eso, un amago. Pero un amago era un sacrilegio en aquel señorío campesino que Bernabé

manejaba con puño de hierro. Tenía un don natural para hacerse obedecer por la peonada. No era un señor de horca y cuchillo, pero guay de quien se atreviese a desafiar la justicia que impartía, sin importar lo tuerta que fuera.

Javier lo sabía, por eso bajó la mirada y se fue masticando bajito. Nunca más volvió a montar al alazán.

Don Bernabé era el padrino de Javier, era costumbre que los señores de las estancias apadrinaran a los hijos de sus mayordomos. El mocito era de lo más avisado, de modo que lo empleó en su tienda. Cuando había que hacer alguna comisión en la lejana Buenos Aires, ahí iba el ahijado como su hombre de confianza. Si hasta le había enseñado a leer.

Javier era un buen muchacho. Eso sí, tenía una debilidad: los caballos. Lo volvían loco las cuadreras que se corrían en el Campo de las Carreras, el extenso potrero en el que había ocurrido la batalla de Tucumán.

Su padrino le perdonaba aquellos excesos. En el fondo, lo complacía que el mozo tuviera un modo firme de ser. ¿Qué sería de los muchachos veinteañeros como él si no tuvieran un poco de sana rebeldía? Pero querer arriesgar al alazán y, encima, insolentarse era imperdonable. Puso a Javier en capilla y le prohibió que lo acompañara al baile en el que se celebraría la declaración de la independencia.

Ahora, en la fiesta, don Bernabé maldecía el episodio. La ausencia de Javier hacía que tuviera que armarse por sí solo los cigarros.

Armarle los cigarros a otro era un gesto de cariño. Cuando las niñas noviaban, les liaban los cigarros a sus donjuanes. Teresa empezó a armárselos a Bernabé cuando eran novios y siguió haciéndolo de casada. El día que el ahijado cumplió doce años, pidió permiso y lió un cigarro. Desde entonces lo hacía él. Y era increíble lo bien que lo hacía.

Don Bernabé sacó una hoja de chala recortada de una cajita y tomó un poco de tabaco fuerte de una bolsita que tenía en uno de los bolsillos del chaleco. Trató de repetir el procedimiento de Javier. Un desastre. Se le caía el tabaco y, cuando por fin pudo armar un cigarrillo, le quedó flojo, desparejo.

Se acercó a una vela, lo encendió y le dio una pitada ansiosa. La bocanada de humo se le metió en los pulmones como una negra nube de tormenta. Empezó a toser con violencia, penosamente. El pecho le retumbaba como una caverna. "El cigarro me va a matar", pensó.

Las toses estruendosas de don Bernabé llamaron la atención de un grupo de oficiales que aprovechaban la reunión para rememorar sus aventuras militares. Bajando un poco la voz, el mayor José María Paz les comentaba a sus camaradas:

—Ahí donde lo ven, con sus ademanes recatados, don Bernabé es el verdadero caudillo de Tucumán. Parece un cura más que un militar. Jamás se inmuta, nunca lo vi irritado. Nunca un *sí*, nunca un *no*. Sin duda es un caudillo, pero un caudillo suave y poco inclinado a la crueldad.

Acertaba Paz: Bernabé Aráoz tenía todo para ser un caudillo. Era riquísimo. Pertenecía a una antigua y numerosa familia. Era el jefe militar de mayor graduación en la provincia. Y, sobre todo, tenía el don de suscitar la admiración de los más pobres, lo que le daba un inmenso poder. Demasiado, decían los que no lo querían.

Como fuerc, ese mismo poder lo llevaría, cuatro años más tarde, a fundar la República Federal del Tucumán. Las pampas de esa República nacida en 1820 se perdían en el horizonte.

En aquel horizonte perdido vivían los gauchos. Bastaba que el caudillo los convocara para que se presentaran de a miles. Eran las montoneras, los hombres de a caballo que peleaban en montón a las órdenes de jefes tan gauchos como ellos o todavía más.

Estaban acostumbrados a la pelea porque venían guerreando desde hacía años contra los realistas. Pero seguían ciegamente a sus caudillos, que a veces entraban en rivalidad entre ellos. Justamente, como en cualquier momento podía ocurrir el ataque de otro caudillo, don Bernabé siempre tenía el caballo ensillado.

Inesperadamente, uno de esos caudillos levantiscos fue Diego Aráoz, a quien conocía de toda la vida porque era el hijo de uno de sus primos. Pero lo realmente imprevisible, lo doloroso, fue cuando su propio ahijado también se levantó en armas contra él.

Javier se había convertido en un hombre. Bernabé lo había nombrado coronel de caballería siendo apenas un muchacho. Con ese rango, su ahijado fue uno de los oficiales que venció a Martín Miguel de Güemes cuando invadió Tucumán en 1821. Unos meses después, el por entonces gobernador, Diego Aráoz, lo designó comandante en jefe del ejército tucumano. Javier tenía solamente veintiséis años. ¿Cómo no se le iban a subir los humos a la cabeza?

Así que cuando don Diego se enemistó con don Bernabé, Javier compartió esa inquina. Sin embargo, un tiempo después, la emprendió también contra el propio Diego. Unos se volvían contra otros, a veces por cuestiones nimias.

Lo cierto es que, durante años, los Aráoz y los López se disputaron el poder de Tucumán como fieras hambrientas. Bernabé contra Diego y contra Javier. Javier contra Bernabé y contra Diego. Diego contra los otros dos. Aquella era una confusa guerra de familias.

¿Cómo narrar un combate cuando la mira del fusil busca el cuerpo de un primo, de un tío? Cuando los perros de la guerra se dan a la caza del que ayer fue un amigo, cuando los puñales se levantan en el aire contra un vecino... Es la guerra civil. Y la guerra civil es inenarrable.

Hubo decenas de batallas; el que triunfaba hoy caía abatido mañana, se rehacía y vuelta a pelear. Hasta que, finalmente, Diego y Javier, esta vez aliados, vencieron a don Bernabé para siempre.

Se formó un rápido juicio contra el prisionero. Entre los papeles del sumario se extravió una nota en la que se noticiaba que un tal Arcadio Talavera había intentado violar la incomunicación del reo, que no podía hablar con nadie. Lo que quería decirle Talavera a don Bernabé era que sus amigos tramitaban su libertad.

Pero no hubo tiempo. El 24 de marzo de 1824, Bernabé Aráoz fue fusilado contra el muro sur de la iglesia del Sagrado Corazón de la Villa de Trancas, al norte de San Miguel de Tucumán.

Al tiempo, una caravana de jinetes llegó a la antigua Villa de Trancas. El jefe del grupo era el capitán británico Joseph Andrews, quien —como tantos otros extranjeros— llegaba a estas tierras tras la quimera de apoderarse de los metales preciosos que quedaran en el cerro de Potosí. Por las noches, casi siempre junto a las fogatas a cielo abierto, escribía un diario. Era una costumbre que le había quedado de sus años de marino, cuando registraba los acontecimientos de las travesías en el cuaderno de bitácora de los barcos.

Dio la casualidad de que el británico llegó hasta la cercana iglesia del Sagrado Corazón, el humilde templo de paredes de adobe blanqueadas donde había sido fusilado don Bernabé.

En la puerta estaba sentado un pordiosero, que le extendió una mano rugosa y seca pidiendo una moneda. La piel era una telaraña infinita de arrugas. El cabello

era blanquísimos. Los ojos, ciegos. Se los había quemado un fagonazo de su propio fusil destortalado en la legendaria batalla de Tucumán. Andrews le preguntó si había presenciado la ejecución de don Bernabé.

Y esto fue —según las anotaciones del diario de aquel viajero— lo que respondió el mendigo:

—Lo último que hizo fue fumar un cigarro de chala. Tosió con una tos desesperada, cavernosa. Casi terminado el cigarro, hizo caer la ceniza con los dedos y exclamó: “La existencia humana es como estas cenizas”. Después le puso la cara a la muerte. Y se escucharon los fusiles...

“A las cenizas se las llevó el viento”, caviló el capitán Andrews que, como buen británico, era un escéptico. Montó a caballo y siguió su viaje.

• CAPULETOS Y MONTES COS

En 1820, las provincias argentinas se organizaron como Estados federales. Lo hicieron por iniciativa de caudillos con fuerte arraigo entre las masas rurales. Muchos de ellos eran estancieros que se habían destacado en la guerra por la independencia. Así, Martín Miguel de Güemes era miembro de una de las principales familias de Salta; Facundo Quiroga era un gran estanciero de los Llanos de La Rioja, y Bernabé Aráoz era un terrateniente de Tucumán.

Las familias de los caudillos eran verdaderos clanes, grupos solidarios de personas unidas por lazos de parentesco. Buena parte de las guerras civiles argentinas se explica por la lucha entre estos grupos de parentesco.





CUENTA UNA HISTORIA escrita por el más famoso autor inglés de todos los tiempos que dos familias, iguales una y otra en abolengo, impulsadas por antiguos rencores, desencadenaron disturbios en los que la sangre ciudadana tiñó ciudadanas manos. En la entraña fatal de estas dos casas enemigas cobraron vida, bajo contraria estrella, dos desventurados amantes...

Las familias eran los Capuleto y los Montesco. Los amantes: Julieta Capuleto y Romeo Montesco.

En un baile, la niña se enamora del joven sin saber su nombre. Después de todo, ¿qué significa un nombre? Lo que llamamos *rosa* olería dulcemente con cualquier otro nombre. Sin embargo, la nodriza alerta a Julieta:

—Se llama Romeo y es un Montesco. El único hijo de vuestro mayor enemigo.

—¡Mi único amor, nacido de mi único odio! —solloza Julieta—. ¡Demasiado pronto le vi sin conocerle, y demasiado tarde le he conocido! ¡Prodigioso principio de amor que tenga que amar a un aborrecido adversario!

No podemos saber si alguno de esos militares de bata remendadas, si alguna de esas damas que arrasaban sus faldas por los salones de la casa de Tucumán habría leído *La tragedia de Romeo y Julieta*, que William Shakespeare había escrito más de doscientos años antes de aquel 1816.

Lo que sí sabemos es que las dos principales familias de la mítica República Federal del Tucumán, los Aráoz y los López, se odiaban como capuletos y montescos.

Basta con que un hombre odie a otro hombre para que el odio crezca como un incendio en un pajonal seco. Eso fue lo que dolorosamente ocurrió con algunos de los miembros de esas familias criollas, que fueron protagonistas en aquel baile lejano del 10 de julio. Hubo muchas víctimas y el cuervo de la muerte revoloteó sobre aquellas familias. Estas son sus historias.

En la legendaria República del Tucumán, allá por el año 1823, la traición de Javier López desencadenó la tragedia: luego de una serie de levantamientos, mediante los cuales los López y los Aráoz se encaramaron sucesivamente en el poder, Javier derrocó definitivamente a su padrino, el gobernador Bernabé Aráoz.

Cuando don Bernabé cayó preso, Arcadio el *Tuerto* Talavera, que ya era un hombre, se fue a la Villa Vieja de Trancas a verlo. Le llevaba el consuelo de los Posse, otra familia poderosa, que estaba procurando su libertad. El oficial a cargo de la custodia le dijo al visitante

que el prisionero estaba incomunicado. Y aunque Arcadio trató de sobornarlo, no hubo caso. Solo pudo dejarle a don Bernabé unos cigarros de chala...

En menos de lo que canta un gallo, Bernabé Aráoz fue fusilado. Su muerte alimentó el rencor de su familia. Desde entonces, recrudecieron las trifulcas. Los partidarios de Aráoz y los de López se cruzaban de vereda para no saludarse. Se espiaban detrás de las ventanas. Iban a misa con los puñales escondidos.

Aquellos capuletos y montescos criollos volteaban gobiernos como quien mata un mosquito de un papirotazo. En seis años, entre 1817 y 1823, hubo dieciocho gobernadores tucumanos; el que no era un Aráoz era un López o, al menos, era aliado de uno o del otro clan.

Siendo gobernador, Javier terminó por cobrar conciencia de que Tucumán estaba sentada sobre un volcán. Y comprendió que si no se actuaba a tiempo, ese volcán entraría en erupción y la lava incandescente de la anarquía lo cubriría todo.

En una mañana de otoño, Javier López mandó un criado a la casa de Diego Aráoz anunciando que iría de visita.

Don Diego malició alguna artimaña. Pero no podía rehusar el encuentro, ya que, finalmente, Javier López era el señor gobernador. Mandó decir que lo esperaba después de la siesta.

Luego de algunas cortesías, Javier fue al grano:

—Mi corazón aborrece la sangre, don Diego. Hace poco he dispuesto la muerte de algunos malvados,

entre ellos un primo de usted... para prevenir nuevos males. Pero así como mandé ejecutar a los principales caudillos del desorden, indulté generosamente a los peones que les seguían. Lo hice porque necesitamos reconciliarnos entre nosotros. Con esa convicción, vengo a proponerle una alianza en nombre de la paz.

Apuró de un trago el licor que le habían servido, como buscando coraje en el fondo del vaso, y prosiguió:

—Tengo el honor de pedirle la mano de su hija Lucía.

Aráoz quedó de una pieza.

Javier prosiguió:

—Nuestro casamiento sería la más clara expresión de una alianza entre nuestras familias, don Diego. Mis hijos, sus nietos, llevarían nuestros apellidos sin conflictos: López Aráoz.

Aquello era totalmente inesperado, don Diego no sabía qué responder. Para ganar tiempo, llamó a Lucía:

—Aquí está el coronel López que quiere hablarte, hija.

Lucía y Javier no se conocían. Se equivocaban los que decían que la joven, alegre y dorada como un rayo de sol, había sido proclamada reina de la celebración de la independencia, aquella noche del 10 de julio. En 1816, Lucía tenía once años, recién había empezado a coser y a bordar su ajuar. Javier, por su parte, tampoco había podido ir a aquel baile: tras una disputa por un caballo, don Bernabé le había prohibido asistir a la fiesta.

Aquella chiquilla tenía ahora diecinueve años; el muchacho antes indócil, treinta. Ella, decían, era bellísima. Él la necesitaba para mezclar las sangres, para evitar que siguieran derramándose. Ella provenía de una antigua familia. Él había crecido en los potreros y en los combates. Era, de algún modo, una alianza desigual entre la princesa y el plebeyo. En todo caso, era un inédito pacto entre capuletos y montescos.

El 13 de junio del año 24, Lucía Aráoz y Javier López se casaron con revuelo de campanas. Ochenta días antes, el novio había mandado fusilar al tío segundo de su novia.

Poco duró la paz. Gregorio Aráoz de La Madrid creía que las deudas de sangre se saldaban con sangre, no con alianzas matrimoniales. De modo que buscó vengar la muerte de su tío Bernabé por las armas.

Para Javier vinieron los tiempos aciagos de las guerras, las derrotas y el exilio en Bolivia. Pero no podía con su genio. Pasado un tiempo, cruzó los Valles Calchaquíes conchabando peones en el camino para voltear al gobernador de la provincia de Tucumán, en ese momento, Alejandro Heredia.

En pleno verano, Javier llegó como uno de esos terremotos silenciosos que con frecuencia hacen temblar la tierra. Iba furtivamente, en la penumbra vegetal del monte, por sendas desusadas, con Ángel López, su sobrino, y el coronel Segundo Roca.

El gobernador Heredia les tendió una emboscada en la margen del río Famaillá y los deshizo. No

se anduvo con chiquitas: decidió fusilar inmediatamente a los cabecillas. Ni se le ocurrió mantenerlos presos porque no había un lugar seguro en la Tierra para que esos "desnaturalizados", así dijo, no continuaran causando el mal.

Al amanecer de un día de enero pusieron en capilla, para que pudieran meditar solitariamente sobre sus faltas, a Javier y a Ángel, su sobrino, que había seguido irreflexivamente a su tío. Javier escribió una carta a Lucía: "Adiós, dulce compañera". Ángel no le escribió a nadie, acaso para que no se notara cómo le temblaba la mano.

A las diez de la mañana, mientras los pájaros tardíos cantaban en la antigua Plaza Mayor, Javier López y su sobrino, Ángel López, fueron fusilados.

Cuentan que esa noche, hasta que la pena la cansó, una joven llamada Juliana Molina, con la razón perdida, anduvo por las calles de San Miguel de Tucumán con los cabellos y los vestidos sueltos. Durante varias noches sucesivas, siguió escuchándose el eco de su voz, que clamaba a las estrellas... Era la novia-viuda de Ángel López.

INDULTADO POR AMOR

El baile no fue la única celebración de la declaración de la independencia en Tucumán. También se realizó un tedeum. Aquel 10 de julio, a las nueve de la mañana, los diputados se dirigieron al templo de San Francisco. Adelantándose al grupo iba el presidente del Congreso, Francisco Narciso de Laprida.

En la Plaza Mayor los esperaba el pueblo endomingado. Artesanos de chambergo y chaqueta, paisanos de botas y poncho al hombro, cholas emperifolladas de trenza suelta y ojos color azabache. A lo largo del trayecto, las tropas formaban una doble hilera.



LA MAÑANA SIGUIENTE al día de la declaración de la independencia, las tropas del Ejército del Norte armaron una doble hilera desde la puerta de la casa de doña Bazán hasta el portal de la iglesia de San Francisco, para escoltar a los congresales que asistirían al tedeum.

En la segunda línea de hombres estaba parado Segundo Roca, flamante cabo de la Compañía de Cazadores Cívicos. Tenía dieciséis años recién cumplidos. Doña María, su madre, le había cosido la chaquetilla verde. Le quedaba un poco grande, pero se la había hecho así a propósito para cuando el mocito creciera.

Segundo no alcanzó a ver demasiado de la comitiva que iba al tedeum. Delante tenía a un sargento cuadrado y grandote, que le tapaba la vista. No importaba, ya le contaría Pedro.

Pedro era su hermano mayor. Su padre, que era un viejo capitán español, lo había mandado a Buenos Aires para el 25 de mayo de 1810. Al regresar era teniente. Ahora, que ya había llegado a ser ayudante mayor, le habían prometido el nombramiento de edecán del Honorable Congreso General Constituyente.

Cuando todavía no había cumplido los doce, Segundo vio volver a su hermano del Campo de las Carreras, el extenso potrero donde se desarrolló la batalla de Tucumán. El general Belgrano había formado sus fuerzas flanqueadas por dos alas de caballería gaucha. En una de ellas revistó Pedro.

—Tendrías que haberlo visto, Segundo —le había relatado entonces Pedro—. Los paisanos de los campos de Monteros, de Tafí, de Yerba Buena, salieron a pelearles a los maturrangos como si lo hubieran hecho toda la vida. La mayoría no tenía más que puñales, lazos y boleadoras. Como uniforme, los ponchos con los que venían de las casas. Gritaban y golpeaban con las riendas los guardamontes de cuero curtido, daban miedo.

Los ojos se le encendían de ilusión a Segundo. ¿Cómo no engancharse en el Ejército Auxiliar del Perú, que continuaría la guerra por la independencia en otros territorios? Allí conoció los rangos, el mando, la obediencia, la geometría de las formaciones; el miedo y el coraje los aprendería en combate.

Era el comienzo de una carrera militar que duraría cincuenta años.

Aquel mocito que veía pasar, azorado, a quienes habían declarado osadamente la independencia de las Provincias Unidas, como hombre peleó en la batalla de Pasco, en las sierras del Perú, en 1820; en la batalla de Pichincha, en las faldas de un volcán del Ecuador, en 1822; en la batalla de Ayacucho, en la pampa

de Quinua del Perú, en 1824; en la batalla de Ituzaingó, en el Río Grande do Sul de Brasil, en 1827.

Aquel mocito ya hombre habría de servir a las órdenes de José de San Martín, Simón Bolívar, Carlos María de Alvear, Juan Galo de Lavalle, José María Paz, Gregorio Aráoz de La Madrid, Justo José de Urquiza y Bartolomé Mitre.

Fue medio siglo de batallas, de triunfos y derrotas, de alegrías y tristezas que merecían el homenaje de la escritura.

Por eso, cuando llegó a anciano, Segundo pasó muchas madrugadas escribiendo a la luz vacilante de un candil: tenía una vida de guerras que escribir. Sus memorias —que quedaron inéditas y en gran parte se extraviaron— empezaban así:

“En 1816, cuando tenía dieciséis años, me incorporé, en clase de simple cabo, a la Compañía de Cazadores Cívicos de Tucumán. De allí pasé, como subteniente de banderas, al Regimiento 11 de Infantería que hizo la campaña del Perú a las órdenes del señor general José de San Martín...”.

De sus muchas aventuras en esa campaña, recordaba un momento en especial:

“Estaba tendido en el campo. Mi chaquetilla azul estaba empapada de sangre roja. Casi no respiraba. Los cañones abrían cráteres cercanos en la tierra, pero no los oía. Eran apenas un rumor que se mezclaba con la brisa, un viento fresco que me llevaba suavemente. Cerré los ojos, dejándome ir.

"Esa fue mi primera muerte.

"Cuando ya estaba perdiendo el sentido de la realidad y de mí mismo, de pronto, sentí que alguien me arrastraba sobre las malezas. Salí del sopor. Ahora sí oí los cañones. El suelo era áspero. Las botas, arrastradas en la tierra, se me salían. Traté de ver quién me tiraba del uniforme. Eran las manos grandes, salvadoras, de Ataliva, uno de los indios del ejército, a quien le debo la vida...".

Año tras año, Segundo peleó en las batallas honorosas de la independencia. Pero también en las guerras civiles, un largo capítulo de su vida militar que hubiera querido olvidar.

En especial, aquel episodio de Famaillá que ni siquiera había sido una batalla, apenas una emboscada en la que cayeron como chorlitos...

Todo había empezado con la batalla de La Ciudadela, allá por 1831, cuando Facundo Quiroga derrotó a La Madrid. Los jefes del ejército vencido, entre los que estaba Segundo, debieron buscar los caminos desolados del exilio. Con algunos camaradas, se refugió en Tupiza, un pueblito boliviano asentado en un angosto valle fértil. No tenía un cobre, sobrevivía por la caridad de sus amigos; Javier López, entre ellos.

Una malhadada mañana, Javier lo invitó a participar de una invasión a Tucumán para derrocar al gobernador Alejandro Heredia. Había conseguido que el gobierno de Bolivia lo auxiliase con cincuenta sables, cincuenta tercerolas y dos mil tiros.

—No es mucho —le había dicho Javier—, pero en el camino iremos reclutando paisanos.

Aunque era una locura, Segundo no tenía opciones. Salieron, pues. Durante la travesía contrataron por unos pesos a algunos hombres poco confiables, de esos que se hacen los bravucones en las pulperías y agachan el lomo ante el primer tiro.

Una noche, uno de esos paisanos, un tal Brandan, se ofreció a hacer de centinela. Cuando los jefes estaban dormidos, eligió el caballo mejor ensillado y huyó a toda prisa para dar aviso al enemigo. Nadie se dio cuenta.

Las tropas de Heredia los esperaron agazapadas en la humedad subtropical de Catamarca. En Monte Grande, más precisamente cuando cruzaban el río Famaillá, les cayeron encima. Fue un desastre.

"Me llevaron a San Miguel de Tucumán en una mula vieja, sin recado, los pies colgando, las manos atadas como un criminal cualquiera. Me encarcelaron entre los gruesos muros del convento de San Francisco...", escribió Segundo en sus memorias perdidas.

"Esa noche no podía dejar de tiritar. Y no de frío, porque era encero. Me fusilarían a las diez de la mañana en la antigua Plaza Mayor, junto a Javier López y su sobrino Ángel López. Esa fue mi segunda muerte".

Sin embargo, al amanecer, en lugar de la muerte, llegó el indulto. Alguien había intercedido por él.

El paso del tiempo vino a develar quién había sido y por qué. La atención se la debía a Juan Bautista Paz,

el gobernador delegado en ausencia de Heredia. Y, para intuir el porqué, basta saber que un año después Segundo y Josefa Agustina Paz, la hija del funcionario, se casaron en la iglesia de la Merced.

La novia era apenas bonitilla. Y no tan niña, más bien ya estaba para vestir santos, puesto que tenía veintiséis años. Pero, en todo caso, más valía casado vivo que soltero fusilado.

Bajo la protección de su suegro, las cosas no le fueron mal a Segundo. Con el tiempo, lo nombraron jefe del Regimiento 10 de Granaderos a Caballo.

De aquellos días, de los más felices, nacieron estas líneas:

“San Miguel de Tucumán, 17 de julio de 1843.

“Esta tarde, Agustina dio a luz a un hermoso granadero...”.

Le pusieron *Julio*, por el mes de la independencia, y *Argentino*, por la patria.

El nombre del “granadero” recién nacido era *Julio Argentino Roca*.

• EL PÁJARO ENJAULADO

Aquel 10 de julio nadie se hubiera animado a vaticinar que ese oficial con el brazo en cabestrillo sería uno de los hombres más poderosos de las antiguas Provincias Unidas.

José María *el Manco* Paz, un estratega excepcional que nunca fue a una academia militar, derrotó sucesivamente al máximo exponente de las mонтонeras, Facundo Quiroga. Fue en el campo de La Tablada (22 y 23 de junio de 1829), en las afueras de Córdoba, y después en la que había sido la posta de Oncativo, también en Córdoba (25 de febrero de 1830).

El país había quedado dividido en dos unitarios y federales. Cuando los ejércitos se preparaban para la embestida final, imprevisiblemente, Paz cayó prisionero.

HACÍA NUEVE MESES QUE LO HABÍAN HERIDO, pero todavía le dolía. "Valiente papel he de hacer en el baile por la independencia con este brazo inútil", pensó José María. Quería pasar lo más desapercibido posible, por eso se había quitado el pañolón que le servía de cabestrillo y había metido la mano derecha en la casaca.

Arcadio Talavera, achispado con una sola copa de vino, se hizo el gracioso. Metió una mano en su levita de paño azul y le dijo a otro mozalbete en un tono imprudentemente alto:

—Mirá, soy Napoleón.

Fray Cayetano Rodríguez, que no estaba lejos, alcanzó a oír la guasa. Discretamente, llevó a Arcadio a un rincón y le espetó:

—Vea, mocito, el señor Napoleón Bonaparte era un militar bien educado. En el colegio de la Orden de los Mínimos, donde estudió, le enseñaron perfectamente las reglas de decoro. En especial aquella de San Juan Bautista de La Salle que dice que es menester mantener los brazos en una situación honesta y decente cuando uno está en sociedad. ¿Y qué mejor

manera que posar el brazo sobre el pecho, poniendo la mano en la abertura de la chaqueta, y dejar caer la otra mano detrás...? De modo que no hay por qué burlarse de esa regla de urbanidad. Y menos —agregó admonitoriamente el sacerdote— respecto del señor José María Paz, que recibió esa herida por defender a la patria.

—Sí, padre —balbuceó Arcadio, y se esfumó como el viento en el jardín.

Sabe Dios qué fue de ese proyectil, ese mamarracho de plomo aplastado que le metieron en Venta y Media, aquella batalla maldita en tierras altoperuanas, allá por la primavera de 1815. El cirujano del regimiento abrió la herida, tomó la bala, la sacó y seguramente la tiró al suelo. No era más que un metal negro, maligno. Pero provocó que José María nunca más pudiera usar el brazo derecho sueltamente. Desde entonces lo llamaron *el Manco Paz*.

Aquella noche José María no bailó. No porque su condición de manco le impidiera llevar la coreografía de algún cielito, sino porque estaba más preocupado en discutir con sus camaradas el futuro militar de la Revolución de Mayo, que no parecía promisorio, al menos en la frontera norte.

Paz era un estratega extraordinario, pero ni siquiera todo su saber estratégico le hubiera permitido prever la virtual disolución de las Provincias Unidas, la anarquía de 1820 y las guerras civiles de las que él sería un protagonista fundamental.

Y no hubiera sospechado siquiera aquel aciago atardecer del 10 de mayo de 1831, en Villa Concepción del Tío, al nordeste de la vieja Córdoba del Tucumán.

Habían pasado quince años de la declaración de la independencia. Las Provincias Unidas ya no eran unidas. Ahora había un Pacto Federal de provincias color punzó y una Liga Unitaria celeste, a veces blanca. Esta estaba comandada por aquel oficial en cabestrillo que había devenido jefe supremo, el ahora general José María Paz.

José María cabalgaba hacia su destino. Por la senda equivocada.

Se venía la noche y el enemigo estaba cerca. *El Manco* no sabía exactamente dónde, pero lo presentía. Quería tratar combate con los federales cuanto antes para, vaya ironía, prevenir cualquier sorpresa. Estaba en algún lugar del paraje que llamaban El Tío. Resolvió aproximarse al teatro de combate. Solo, o casi solo: lo acompañaba el teniente Arana y un paisano viejo les hacía de guía. El baqueano le propuso acortar el camino siguiendo una senda que se abría a la derecha; aceptó. Esa mínima decisión le cambiaría la vida.

Se escuchó un tiroteo entre una partida, quizás suya, y otra, tal vez enemiga. Creía Paz que la fuerza que le pertenecía era la más próxima. Pero no era así.

Confiaba en que el color de las divisas le permitiría identificar rápidamente a qué bando pertenecía cada grupo. Cualquiera sabía que el ejército federal tenía

una divisa punzó. Solo que aquella partida enemiga en particular, vaya uno a saber por qué, llevaba ocasionalmente el color blanco; el mismo que sus hombres.

Dubitativo, José María mandó al teniente Arana a que se adelantara. Se quedó solo con el baqueano. Ya los disparos estaban sobre ellos. Allá, por los últimos árboles del bosque, vio la partida sin distinguir todavía a los jinetes. Se dirigió hacia ellos.

Entonces vio al teniente Arana, al que rodeaban muchos hombres. El viento le trajo unos gritos:

—¡Allí está el general Paz; aquel es el general Paz!

Parecían tropa suya. Pero no. Vio unos sables que se levantaban contra el teniente Arana. El baqueano le pidió que huyese. Los jinetes se le vinieron encima. Volvió las riendas y tomó un galope tendido. En eso oyó:

—¡Párese, mi general! ¡No le tiren, que es mi general!

Y otra vez:

—¡Párese, general!

Sí, eran los suyos. ¿Eran? Estaba dubitativo. Le daba pudor que los suyos lo vieran huir. A ocho o diez cuadras de la infantería que lo esperaba, aflojó las riendas moderando el galope. Se dio vuelta para mirar de nuevo.

En ese instante, unas boleadoras surcaron el aire.

Eran tres bolas de piedra forradas con cuero. Estaban sujetas con tendones de ñandú que había trenzando, como quien trenza el destino, el soldado federal Pancho Zeballos.

Las tres bolas giraron locamente en el aire. Los tientos enredaron las patas del caballo sorprendido. Se puso a dar terribles corcovos. Y el jinete dio violentamente en el suelo.

De inmediato se vio rodeado por doce o catorce hombres que le apuntaban sus carabinas. Aun en ese instante, dudó. Preguntó varias veces quiénes eran, a quién obedecían. Poco duró el engaño.

El general José María Paz, el protector supremo de nueve de las trece provincias argentinas que por entonces existían, había caído prisionero, boleado por un soldado raso.

Mientras los captores se lo llevaban apresuradamente del escenario de su desgracia, sobre el pasto quedaban las tapafundas de las pistoleras del general, caídas en el galope confuso.

El viaje hacia la prisión fue largo. Hasta que una tarde de otoño de esas que son tan tristes, llegaron a la Aduana de Santa Fe, que también era casa de gobierno, cuartel y depósito de municiones, pero que parecía más una cárcel que otra cosa.

Lo alojaron en una habitación del primer piso. Las ventanas tenían sólidos barrotes de hierro. Era inútil golpearse contra ellos. De modo que caminaba y caminaba. El piso de cedro quedó gastado por sus pasos.

José María, que amaba el horizonte, solo veía por la ventana un panorama recortado por las rejas: las torres de Santo Domingo, la azotea del Cabildo, el llano del campito, los barquitos que navegaban el Paraná, ese

camino a todas partes para un prisionero. Aun eso le fue quitado: poco después lo trasladarían a otro calabozo con las ventanas demasiado altas. El general se quedaría sin paisaje.

De buenas a primeras, lo llevaron a la villa bonaerense de Luján.

Le llamó la atención que el oficial que lo conducía lo mirara atentamente, como tomando nota. Después supo que era para registrar su filiación:

"Patria: Córdoba. Edad: cuarenta y cuatro años. Ojos: verdosos. Pelo y cejas: entrerubio. Estatura: regular. Regordete. Seña particular: un lunar en medio de las cejas, barba partida y manco del brazo derecho".

La filiación fue impresa en un papel suelto y distribuida profusamente entre los jueces de paz, los alcaldes, los sargentos y los cabos de milicias de toda la campaña, para que el general prisionero fuera reconocido si llegaba a escaparse. Si lo aprehendían, sería fusilado.

Lo vigilaban casi obsesivamente. Cuando cenaba, miraban la botella de vino al trasluz, para ver si había una llave o un mensaje cifrado. Todo era barrotes y cerrojos.

Eso sí, dentro de la celda escueta había varias jaulas de caña, llenas de canarios, jilgueros y zorzales.

Vaya uno a saber cómo se las arreglaba para conseguir las cañas y las aves, pero *el Manco* Paz había construido jaulas para encerrar los gorjeos de sus únicos compañeros de celda. Imaginaba castillos de caña, con sus torres y sus almenas. Aquello era un batifondo de

trinos, que solo se callaba cuando ponía un paño sobre las pajareras para indicarles a sus pájaros desorientados que ya era de noche.

Entre todas sus aves, José María tenía predilección por un cardenal, bellísimo.

El animalito lo miraba desde el fondo de la jaula, nervioso. El pico recto, pronto para el picotazo. El pecho blanco, inflado para parecer más temible. El penacho, de tan rojo, parecía de fuego. A José María le gustaba esa actitud guerrera, desafiante.

Se lo había traído uno de los mocosos que merodeaban la cárcel. El chiquilín era un experto cazador. Entraba al monte con un cajoncito. Lo ponía boca abajo cerca de un árbol. Lo levantaba un poco con un palo en cuyo extremo había atado una piola. Debajo del cajón inclinado ponía migas de pan viejo o alguna sobra del guiso de la noche anterior. Se ocultaba lejos, con la piola en la mano. Y esperaba.

Tarde o temprano, algún pájaro atraído por el alimento se metía debajo del cajón. Entonces, ¡zas!, el mocooso tiraba de la piola y la trampa caía sobre el desafortunado animalito. Siempre obtenía algunas monedas por la presa.

Así fue como el cardenal llegó a su vida. No era un pájaro joven. Se veía por el penacho, que ya tenía un rojo carmesí definido. No era bueno para un pájaro cautivo que fuera adulto porque eso quería decir que estaba acostumbrado al cielo sin barrotes de los árboles del monte.

Durante días, cuando él se acercaba a dejarle unos granos de maíz y algo de agua, embestía con furia las varillas de la jaula. En cada embestida quedaban plumas grises de las alas flotando en el aire. Tenía miedo de que se lastimara.

Le hizo, pues, una jaula más grande. Pero el cardenal seguía golpeándose desesperadamente contra las varillas. "Es un pájaro bravo", pensó José María. Y le construyó una más espaciosa aún.

No hubo caso. Entonces, pensó que era necesario domesticarlo. Una mañana le dejó alimento y agua, como siempre. Después, por un momento, acercó la mano a la jaula sin hacer caso de los aleteos y las miradas furiosas. A la mañana siguiente, aproximó la mano por un tiempo más. Al quinto día, apoyó la mano sobre la jaula por un instante. Y así continuó las mañanas siguientes.

La mano de José María, su olor, su respiración tranquila, ya eran una rutina. El pájaro sabía que esa proximidad no entrañaba peligro para él; al contrario, estaba asociada a la comida. De modo que dejó de acometer las varillas.

Cada mañana, cuando él abría la puerta de la jaula, el animalito se iba al rincón más distante y lo miraba, vigilante. Pero había aprendido a tenerle confianza.

Eso sí, nunca cantó. José María oía los silbos de otros cardenales, afuera. Pero el de su cardenal, nunca. Lo miraba, nada más.

Finalmente, en el otoño de 1839, cuando el general ya no la esperaba, llegó la libertad. Habían transcurrido casi ocho años de cárcel y de pájaros.

El día de su partida, José María abrió las jaulas. Hubo entonces una bandada desordenada que salió volando por entre los barrotes de la ventana, en un tumulto de alas y piares.

Solo el cardenal, aquel cardenal al que Paz había domesticado, se quedó en el alféizar de la ventana, quieto, desconcertado. Agitó la mano para incitarlo a la libertad. El pájaro no se movió.

En eso, se escuchó que abrían la puerta de hierro y alguien dijo:

—¡Vamos, general, lo esperan ahí afuera!...

Salió, pues.

Al cruzar el umbral, miró hacia atrás por última vez. El cardenal seguía allí, en el alféizar de la ventana, en el límite exacto de la libertad.

● EL RELOJ

Alas tres de la tarde del 3 de febrero de 1852, en la estancia de la familia Caseros, Juan Manuel de Rosas fue derrotado por Justo José de Urquiza, al mando del Ejército Grande.

Como gobernador de la provincia de Buenos Aires, Rosas había sido el principal caudillo de la Confederación Argentina desde principios de 1835. Pero su dominio había sido desafiado reiteradamente por jefes unitarios, como Gregorio Aráoz de La Madrid, José María Paz y Juan Galo de Lavalle.



EN EL BAILE Catalina estaba enfurruñada como una nena. Era la única joven que no estaba vestida a la última moda, al estilo imperio con el talle por debajo del pecho, la muselina vaporosa cayendo rectamente. Llevaba el rutinario, odioso, cerrado traje de misa de los domingos. Seda negra sobre seda negra que nada dejaba ver, ni los hombros, ni los tobillos, ni ninguna otra delicia femenina.

El traje de misa era la penitencia que le había impuesto su madre, doña Andrea Ignacia, por el alboroto que había armado esa mañana discutiendo con su hermano, el oficial Gregorio Aráoz de La Madrid.

Catalina era la mayor de los seis hermanos Aráoz de La Madrid. Tenía un carácter fuerte, la Cata. También lo tenía Gregorio.

Las relaciones entre ellos eran peculiares porque, si bien eran hermanos, no habían compartido la infancia. Gregorio había sido criado por sus tíos, a quienes llamaba "padres", en una hacienda con viñedos en Andalgalá, al otro lado de la majestuosa sierra del Aconquija.

Últimamente, don Francisco, su verdadero padre, se deshacía en elogios hacia Gregorio.

—Ay... si es el oficial favorito de Belgrano —se burlaba Catalina, que era la predilecta de su padre y que estaba furiosamente celosa de Gregorio.

Por eso, lo del reloj fue el acabose.

Sucede que, en sus mocedades, don Francisco había andado de correñas por Buenos Aires. Parece que se pasaba horas jugando a los naipes en el café de Turpia, en la calle de la Victoria.

Una noche, un rico hacendado lo invitó a jugar junto al capitán de un barco francés que estaba varado en el río. Jugarían a las barajas.

En la primera mano, la carta de triunfo era de bastos. Don Francisco tenía los naipes de mayor valor: as de oros, tres de oros, rey de oros. En la siguiente mano, lo mismo: tres de bastos, rey de bastos, caballo de bastos. Ganaba todas las rondas.

Pronto, el hacendado abandonó el juego. El capitán francés continuó y ganó una, dos manos. Pero don Francisco arrasaba: as, tres, rey. El marino apostó un reloj, dijo que era todo lo que le quedaba.

Otra vez, increíblemente: as, tres, rey. El capitán saludó en mal castellano, dejó el reloj sobre la mesa y se retiró.

A don Francisco le dio pena. Aquello había sido un desatino. Comprendió que se había dejado llevar irreflexivamente por el turbión del juego, igual que el marino, y que eso no era bueno.

Guardó el reloj en un bolsillo del chaleco y se prometió llevarlo siempre consigo como una prenda de que nunca más jugaría a los naipes. Y nunca más jugó.

El reloj era un lujo. La caja era de carey, una materia cónica que se obtenía del caparazón de unas tortugas inmensas de la península de Yucatán, al borde del mar Caribe. El cristal provenía de la Bohemia medieval, en el Este europeo. Y en la esfera, en letras góticas, se leía *Genève, Suisse*: Ginebra, Suiza.

Ese pequeño mundo de engranajes y agujas había cruzado un vasto océano para llegar a las manos de Francisco Aráoz, quien los domingos al mediodía narraba la historia de aquella épica partida de naipes a sus hijos.

Cuando esa mañana don Francisco anunció que quería regalarle el reloj a Gregorio, Catalina estalló:

—Padre, yo soy su primogénita. Soy yo quien lo llama “padre”. ¿Y va usted a darle el reloj a quien llama “padre” a su tío y no a usted, que en verdad lo es?

Gregorio reivindicó airadamente su condición de varón. Catalina alegó el cariño que le tenía al padre. La discusión fue subiendo de tono hasta lo improcedente. Don Francisco, entonces, cortó por lo sano:

—Sea, Catalina. Te quedarás con el reloj. Pero se lo darás a tu primer hijo varón, que respetará a su tío Gregorio como a mí mismo.

Y ahí estaba Catalina, en el baile, con su traje de misa y su reloj en una bolsita de mano. Como quien no quiere la cosa, lo consultaba a cada rato mientras

miraba de reojo a su hermano Gregorio con un no sé qué de malicia.

Tres años después de aquel baile del 10 de julio de 1816, Catalina colgaría el reloj en la cuna de su hijo Crisóstomo recién nacido.

El tiempo fue pasando...

Y un tórrido día de enero de 1833, Crisóstomo Álvarez cumplió catorce años, lo que lo convertía en un adulto para las costumbres de la época. Su madre decidió darle entonces aquel reloj que había cruzado el océano y que su abuelo le había legado, solo para que él lo mantuviera vivo dándole cuerda cada mañana.

Efectivamente, desde aquel día, cada amanecer a las siete en punto, estuviera donde estuviere, con sol o con lluvia, Crisóstomo le daba cuerda a su reloj de bolsillo.

A veces se despertaba antes, a las seis y media o a las siete menos cuarto. Entonces esperaba pacientemente que se hiciera la hora. Y a las siete, ni un minuto antes, ni un minuto después, tomaba la corona entre el índice y el pulgar y la hacía girar con cuidado, hasta que sentía que el resorte que acumulaba el movimiento estaba ya tenso.

Después, abría la tapa trasera del aparato y se quedaba un largo rato mirando cómo funcionaba ese mundo de engranajes dorados. Parecía vivo. Incluso latía. Tic tac, tic tac. Ese latir mecánico se parecía al latido de su propio corazón, golpeando contra el pecho: tac tac, tac tac.

Crisóstomo se sentía, de algún modo, dueño del tiempo. Cada vez que daba cuerda a su reloj, a las siete en punto, daba el primer movimiento al día por venir. No importaba lo que ocurriera, las agujas harían obedientemente su recorrido desigual hasta completar las veinticuatro horas.

Y el tiempo siguió pasando... Y Crisóstomo, como muchos jóvenes de su época, entró al ejército. A los dieciséis años, era portaestandarte del regimiento escolta de Juan Manuel de Rosas.

Fue uno de esos hombres a los que las guerras civiles les pasaron por el cuerpo como un rayo. Hasta los veinte años, peleó contra los unitarios. Desde los veintiuno, contra los federales.

No fue un hombre tranquilo ni combatía como un militar juicioso. Montaba en pelo, es decir, sin montura, ni espuelas, ni bridales, simplemente agarrado de las crines del caballo, al estilo pampa. La cabeza amarrada con un pañuelo, los ojos en llamas, espuma en los labios. A los gritos, blandía su lanza fatal.

No era casualidad, Crisóstomo llevaba en las venas la sangre caudillesca de los Aráoz.

Rosas lo mandó a incorporarse a las fuerzas de su tío, el devenido federal Gregorio Aráoz de La Madrid, al que había mandado al Norte a derrocar unitarios como quien bolea cachilas, esos pajaritos pardos que anidan en los pastos y no se elevan demasiado del suelo.

Crisóstomo se sumó al ejército de La Madrid en San Miguel de Tucumán. Allí, otra sobrina de Gregorio,

Francisca Aráoz García, le tendió una trampa de trenzas rubias y ojos color de miel, y Crisóstomo cayó como una cachila. Antes de que se diera cuenta, ya estaba casado.

En esos días, el deseo de vengar la muerte de su tío Bernabé o vaya a saber qué, llevó a La Madrid a darse vuelta: se hizo nuevamente unitario.

El sobrino lo enfrentó y quiso volverse a Buenos Aires con sus cincuenta coraceros. Pero La Madrid se puso firme. Y —acaso abrumado por sus lazos de parentesco con los Aráoz— también Crisóstomo se pasó de bando.

Desde entonces, anduvo de derrota en derrota, a las órdenes de don Gregorio, que ya se había olvidado de la reyerta con su hermana (o al menos, no se inmutaba de modo perceptible cuando su sobrino consultaba el reloj).

Pero no hubo caso, la estrella federal dominaba en esos años el firmamento de la Confederación Argentina, como se llamaba ahora a los diezmados territorios que alguna vez habían sido las Provincias Unidas. Crisóstomo debió exiliarse entonces en la ciudad chilena de Copiapó, allende Los Andes. Chile era un hervidero de unitarios exiliados, incluyendo a un sanjuanino iracundo, un tal Domingo Faustino Sarmiento.

Una mañana venturosa de mayo de 1851, llegó a Copiapó la noticia de que el general Justo José de Urquiza y su Ejército Grande iniciarían una campaña contra Juan Manuel de Rosas. Crisóstomo olió la pólvora por venir como el perro de guerra que era.

Había llegado el momento de invadir Tucumán, su tierra natal, y derrocar a quien por entonces era su gobernador, el federal Celedonio Gutiérrez. Reclutó a trescientos entusiastas y se aprestó a volver a su país para contribuir a la caída del federalismo.

El día que iban a cruzar a Chile, por cábala, salieron a las siete en punto de la mañana. Tardarían días enteros en pasar la Cordillera de los Andes, comiendo carne secada al sol con grasa y ají, bebiendo agua en cuernos de vaca. A la madrugada del miércoles 4 de febrero de 1852, Crisóstomo y sus trescientos caballeros llegaron a la cuesta de Los Cardones. Entre esos cardones antiquísimos, derrotó por primera vez a los hombres de Gutiérrez.

Esa misma madrugada, el Payo Zamora, un chasqui urquicista, emprendía el Camino Real hacia Tucumán. En una talega de cuero curtido llevaba un folio que reproducía un mensaje urgente del brigadier Urquiza: "Este martes 3 de febrero, Rosas ha descendido del poder usurpado al pueblo...".

Sin saberlo, Crisóstomo obraba a destiempo: hacia la guerra contra Rosas, cuando este ya estaba derrotado y cuando la paz entre federales y unitarios se había declarado. El único que era puntual allí era su viejo reloj. Tic tac, tic tac.

Mientras tanto, el Payo Zamora seguía su galope. En el Portezuelo se entretuvo con el maestro de posta, que le convidó unas cañas después del asado. Cuando se quiso acordar, era oscuro y decidió hacer noche allí.

En el amanecer del domingo 15 de febrero de 1852, Crisóstomo y su hueste se acercaron a El Manantial, sobre las márgenes del río Salí. La neblina borraba el horizonte, no se veía más allá de los quince metros de distancia. Hasta los pájaros del monte estaban callados.

A ambos lados del paso había centenares de ojos que los miraban. Estaban escondidos entre los arbustos con los fusiles cargados de muerte. Eran los hombres que había mandado Celedonio Gutiérrez, que también combatía sin saber que su jefe, Juan Manuel de Rosas, ya navegaba hacia el exilio en un buque de guerra inglés.

¡Fuego! La orden soltó doscientas balas mortíferas. La vanguardia quedó desecha por la fusilería cruzada. Crisóstomo apenas pudo formar un escuadrón de cincuenta sobrevivientes. Cargaron sable en mano, pero no había nada que hacer.

Crisóstomo espoleó su caballo para no ver la cara fea de la derrota. Huyó entre una espuma de río. Alcanzó los ralos, unos pastizales que crecían dentro del bosque. Pero le bolearon el caballo y cayó rodando al suelo.

Engrillado, lo llevaron de nuevo a El Manantial. De pie ante el pelotón de tiradores, escribió a su esposa, la rubia Francisca:

“En este momento voy a morir. Debes resignarte, porque mi delito no es otro que haber tomado las armas para conquistar la libertad del suelo de mi nacimiento”.

A las siete de la mañana del martes 17 de febrero de 1852, Crisóstomo Álvarez le dio cuerda por última vez al reloj que latía.

El 24 de febrero de 1852, siete días más tarde, el Payo Zamora desmontó frente al Cabildo de San Miguel de Tucumán. Llevaba la noticia de Caseros. El largo enfrentamiento entre federales y unitarios era cosa del pasado.

• AQUEL 9 DE JULIO

Hacia 1816, las Provincias Unidas estaban rodeadas. El reguero de pólvora revolucionaria que en 1810 se había extendido por las antiguas Indias Occidentales se estaba apagando. España dominaba los reinos de Perú y de Nueva España (Méjico), así como casi todo el Alto Perú y la Capitanía General de Chile.

Para los funcionarios de Fernando VII, los patriotas no eran sino insurgentes que merecían las penas más severas. Cualquiera que osara desafiar la autoridad del monarca se jugaba la vida. Y esto es lo que hicieron el 9 de julio de 1816 los diputados que se reunieron en un Congreso, en la ciudad de San Miguel de Tucumán.



—¡SEÑOR DOCTOR don Francisco Narciso de Laprida, diputado por la provincia de San Juan! —llamó el secretario del Congreso.

Laprida se adelantó. Tenía el empaque de un reposado hombre de leyes y cánones pese a que todavía no había cumplido treinta años. Se atusó el enorme bigote, quizá consciente de la trascendencia de la jornada. Tomó la pluma de ganso, la mojó en el tintero de plata, se inclinó sobre el opulento escritorio y trazó su firma de arabescos.

—¡Señor doctor don Mariano Boedo, diputado por la provincia de Salta! —llamó nuevamente el secretario.

Así pasaron, uno a uno, los veintinueve diputados que suscribieron el Acta de la Declaración de la Independencia. Firmas con filigranas, arabescos, subrayados enérgicos. De vez en cuando había que volver a afilar la punta de la pluma porque se mellaba con tanta firma.

A nadie le tembló el pulso: “Nos los representantes de las Provincias Unidas en Sud América...”.

Quien no firmó el acta fue el diputado por San Luis, el brigadier Juan Martín de Pueyrredón, que había partido a Buenos Aires para asumir como director supremo de las Provincias Unidas, cargo para el cual había sido designado por este mismo Congreso, unos días antes.

Pueyrredón transitó en galera los mil trescientos kilómetros que separan San Miguel de Tucumán de Buenos Aires. Fue a los tumbos por el Camino Real, a lo largo de senderos desdibujados por el viento y la lluvia. El trayecto —que llevaba entre veinticinco y treinta días— había sido recorrido en sentido inverso por los diputados porteños Juan José Paso y fray Cayetano Rodríguez, que fueron de los primeros en arribar al Congreso tucumano.

Los diputados habían iniciado su recorrido a principios de marzo. Viajaban a caballo; en galeras, con su postillón al pescante; en mulas de paso fino que tenían un andar más suave.

Con el pasar del tiempo, las ausencias empezaron a hacerse sentir. Algunos territorios del Alto Perú habían sido reconquistados por los realistas, de modo que solo pudieron asistir los congresales altoperuanos de Chichas, Charcas y Mizque. Otros, como los de la Banda Oriental, Corrientes, Entre Ríos, Misiones y Santa Fe, no enviaron representantes porque formaban parte de la Liga Federal, liderada por el caudillo oriental José Gervasio Artigas, enfrentado al Directorio de las Provincias Unidas.

Por eso la llegada de cada uno de los diputados a Tucumán era celebrada con entusiasmo. Ya estaban los delegados del Alto Perú, que habían venido desde Salta y Jujuy, donde se habían refugiado cuando los realistas invadieron sus territorios. Después, llegaron los diputados de Córdoba y Cuyo. Más tarde, los de La Rioja, Catamarca. Los más eran abogados, como José Mariano Serrano, uno de los secretarios. Pero también había frailes, sacerdotes y militares.

San Miguel de Tucumán era apenas una aldea, no había alojamiento para tanto congresal. De modo que muchos diputados se albergaron en las celdas monacales de los conventos de San Francisco y Santo Domingo. Otros aceptaron la hospitalidad de familias tucumanas.

En todo caso, iban a pie hasta la casa de doña Francisca Bazán de Laguna, donde se celebraban las sesiones. Entraban por el portón flanqueado por gruesas columnas salomónicas, esas particulares columnas contorneadas en espiral. Allí nomás estaba el amplio salón de las deliberaciones. A veces, algunos vecinos se acercaban a escuchar los debates a las galerías tejadas que daban al patio interior del solar. Es que el Congreso estaba abierto al pueblo.

Aquel martes 9 de julio de 1816 era un día hermoso y claro, como esos de San Miguel de Tucumán. La galería y el patio con su naranjo estaban inusualmente concurridos. Se había corrido la voz de que

se consideraría la “libertad e independencia” de las Provincias Unidas. Los congresales y los vecinos estaban excitadísimos.

La presidencia del Congreso, que rotaba mensualmente, le había tocado en suerte a Francisco Narciso de Laprida, quien dio por iniciadas las deliberaciones.

A las dos de la tarde, Juan José Paso, el otro secretario, se puso de pie y preguntó en voz altísima:

—¿Quieren los señores diputados que las Provincias de la Unión sean una nación libre e independiente de los reyes de España y su metrópoli?

La respuesta fue una sola aclamación, que rodó como un trueno por la galería, por el patio de la casa, por las calles, y seguro llegó más lejos de lo que esos hombres allí reunidos podían sospechar.

Después se tomó el voto a cada uno, y todos reiteraron su apoyo unánime a la independencia.

Las Provincias Unidas ya eran “una nación libre e independiente del rey Fernando séptimo, sus sucesores y metrópoli”; libre también “de toda otra dominación extranjera”, como se agregó poco después.

Nadie sabía cómo iba a terminar la larga guerra que se había iniciado en 1810, cuando se había formado el primer gobierno patrio. El reino de España seguía acechando, por tierra y por mar. El reino de Portugal había invadido la Banda Oriental. Los propios patriotas mantenían diferencias, que a menudo se dirimían con las armas...

Fue en estas condiciones, que el 9 de julio de 1816 los congresales de Tucumán le echaron un ancla a la nave de una patria que se mecía peligrosamente en la tempestad.

Ahora, había que celebrar. ¿Y qué mejor que un baile para ello?

● LOS PROTAGONISTAS

A

JUAN BAUTISTA ALBERDI. BUENOS AIRES, 29 DE AGOSTO DE 1810 / NEUILLY-SUR-SEINE, FRANCIA, 19 DE JUNIO DE 1884.

Jurista, economista, ensayista, diplomático. Formó parte de la llamada Generación de 1837, un grupo de jóvenes intelectuales integrado por Sarmiento, Echeverría y Mármol, entre otros. En 1852, publicó *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, cuyos lineamientos liberales fundamentaron la Constitución sancionada en 1853.

JUAN CRISÓSTOMO ÁLVAREZ. SAN MIGUEL DE TUCUMÁN, 27 DE ENERO DE 1819 / EL MANANTIAL, TUCUMÁN, 17 DE FEBRERO DE 1852.

Militar. Portaestandarte de la escolta de Juan Manuel de Rosas (1835). Como federal, participó en la batalla de Chascomús (1839). Como unitario, participó en las batallas de Angaco y Rodeo del Medio (ambas en 1841). Se incorporó al ejército de Bolivia como

teniente coronel en 1845. Fue prisionero de la Confederación Argentina (1846-1848). Invadió la provincia de Tucumán el 12 de enero de 1852.

BERNABÉ ARÁOZ. MONTEROS, TUCUMÁN, 1776 / TRANCAS, TUCUMÁN, 24 DE MARZO DE 1824.

Hacendado, militar, político. Partidario de un gobierno unitario. Coronel mayor de Dragones (1812). Gobernador de la provincia de Tucumán compuesta por los pueblos de San Miguel de Tucumán, Santiago del Estero y Valle de Catamarca (1814-1817 y 1819-1820). Presidente de la República Federal del Tucumán (1820-1821). Fue varias veces gobernador de Tucumán (1821, 1822 y 1823).

GREGORIO ARÁOZ DE LA MADRID. SAN MIGUEL DE TUCUMÁN, 28 DE NOVIEMBRE DE 1795 / BUENOS AIRES, 5 DE ENERO DE 1857.

Militar, político. Partidario de un gobierno unitario. Peleó en las guerras de la independencia (fue ayudante de campo de Belgrano y San Martín) y en las guerras civiles argentinas que se iniciaron en 1814. Gobernador de la provincia de Tucumán. Escribió sus memorias con el título *Observaciones sobre las memorias póstumas del brigadier general José M. Paz* (1855).

B

MANUEL BELGRANO. BUENOS AIRES, 3 DE JUNIO DE 1770 / BUENOS AIRES, 20 DE JUNIO DE 1820.

Abogado, economista, periodista, político, militar. Secretario del Real Consulado de Comercio (1794-1810). Vocal de la Primera Junta Provisional Gubernativa del Río de la Plata (1810). General en jefe de la Expedición Libertadora al Paraguay (1810-1811). Diplomático en Europa (1814-1815). General en jefe del Ejército Auxiliar del Perú, conocido como Ejército del Norte (1812-1814 y 1816-1819).

C

JUAN SATURNINO CASTRO. SALTA, 23 DE NOVIEMBRE DE 1782 / MORAYA, BOLIVIA, 1 DE SEPTIEMBRE DE 1814.

Comandante de caballería en el ejército realista derrotado en Tucumán (1812) y Salta (1813). Comandante del escuadrón Partidarios (1813). Ascendió a coronel por su decisiva participación en Vilcapugio (octubre de 1813) y Ayohuma (noviembre de 1813). Fue destituido ante las sucesivas derrotas infligidas en la guerra gaucha de Miguel de Güemes (1814).

H

GERÓNIMO HELGUERA. BUENOS AIRES, 17 DE OCTUBRE DE 1794 / COPIAPÓ, CHILE, 10 DE DICIEMBRE DE 1838.

Militar. Teniente 2º en la batalla de Paraguarí,

Paraguay (1811). Combatió en las victorias de Tucumán (1812) y Salta (1813) y en las derrotas de Vilcapugio (1813) y Ayohuma (1813). Participó en las guerras civiles a las órdenes de La Madrid y Dorrego. En 1834, fue condenado a muerte por atentar contra el gobernador de Tucumán e indultado por petición de Juan Bautista Alberdi.

L

FRANCISCO JAVIER LÓPEZ. MONTEROS, TUCUMÁN, 1794 / SAN MIGUEL DE TUCUMÁN, 24 DE ENERO DE 1836.

Militar. Partidario de un gobierno unitario. Varias veces gobernador de Tucumán por períodos cortos (1821, 1823-1825, 1829 y 1831). Edecán del general Alvear en la guerra del Brasil (1826-1827), con mando de tropa en las batallas de Ituzaingó (febrero de 1827) y Camacuá (abril de 1827). Participó en las batallas del Rincón de Marlopa (1821), La Tablada (1829) y La Ciudadela (1831).

P

JOSÉ MARÍA PAZ. CÓRDOBA, 9 DE SEPTIEMBRE DE 1791 / BUENOS AIRES, 22 DE OCTUBRE DE 1854.

Militar. Participó de las guerras de independencia (batallas de Tucumán, 1812; Salta, 1813; Vilcapugio, 1813; Ayohuma, 1813, y Venta y Media, 1815), la guerra contra el imperio de Brasil (Ituzaingó, 1827)

y las guerras civiles (La Tablada, 1829, y Oncativo, 1830). Fue prisionero de los federales durante ocho años (1831-1839). Escribió sus memorias, publicadas en 1855 como *Memorias póstumas*.

FRANCISCO ANTONIO PINTO. SANTIAGO DE CHILE, 23 DE JULIO DE 1785 / SANTIAGO DE CHILE, 18 DE JULIO DE 1858.

Militar, abogado, político. Representante de Chile ante la Junta Grande (1811). Jefe del Regimiento de Infantería 10 del Ejército del Norte (1816). Participó de la Expedición Militar al Perú bajo las órdenes de José de San Martín (1820-1824). Ministro de Interior y Relaciones Exteriores de Chile (1824-1825). Presidente de la República de Chile (1827-1829).

Q

JUAN FACUNDO QUIROGA. LA RIOJA, 27 DE NOVIEMBRE DE 1788 / BARRANCA YACO, CÓRDOBA, 16 DE FEBRERO DE 1835.

Militar, político. Partidario de un gobierno federal. Vencedor de Gregorio Aráoz de La Madrid en El Tala (1826), el Rincón de Valladares (1827) y La Ciudadela (1831), fue vencido por José María Paz en La Tablada (1829) y Oncativo (1830). Fue asesinado en Barranca Yaco (1835). Protagonista de *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*, de Domingo Faustino Sarmiento (1845).

R

JOSÉ SEGUNDO ROCA. SAN MIGUEL DE TUCUMÁN, 1800 / ENSENADA, CORRIENTES, 8 DE MARZO DE 1866.

Militar. Sirvió a las órdenes de José de San Martín, Simón Bolívar, Antonio José de Sucre, Carlos María de Alvear, Juan Galo de Lavalle, José María Paz, Gregorio Aráoz de La Madrid, Justo José de Urquiza y Bartolomé Mitre. Participó, entre otras, de las batallas de Cerro de Pasco (1820), Pichincha (1822), Ituzaingó (1827), La Ciudadela (1831), Cepeda (1859) y Pavón (1861).

FRAY CAYETANO RODRÍGUEZ. SAN PEDRO, 1761 / BUENOS AIRES, 21 DE ENERO DE 1823.

Poeta, político, religioso. Primer director de la Biblioteca Pública, actual Biblioteca Nacional (1810). Diputado a la Asamblea del Año XIII, encargado del diario de sesiones *El Redactor de la Asamblea* (1813). Diputado por Buenos Aires en el Congreso de Tucumán (1815), encargado de *El Redactor del Congreso Nacional*. Fundó *El Oficial del Día* para criticar la reforma eclesiástica de Rivadavia (1822).

S

EMIDIO SALVIGNI. IMOLA, ITALIA, 8 DE MARZO DE 1789 / SAN MIGUEL DE TUCUMÁN, 19 DE OCTUBRE DE 1866.

Fue condecorado en las guerras napoleónicas, como caballero de la Legión de Honor, con la orden de la Corona de Hierro, y la medalla de Santa Elena. Asignado

por el director supremo Pueyrredón al Ejército Auxiliar del Perú (1816). Junto con el teniente coronel Gerónimo Helguera, acompañó a Belgrano en el viaje a Buenos Aires que culminaría con su muerte (1820).

T

ÁNGEL ARCADIO TALAVERA. SANTIAGO DEL ESTERO, 1802 / SAN MIGUEL DE TUCUMÁN, 16 DE ABRIL DE 1874.

Hacendado, político. Dueño del ingenio azucarero El Palomar. Miembro de la Sala de Representantes de la provincia de Tucumán. Exiliado tras el fracaso de la alianza de Marco Avellaneda, Juan Galo de Lavalle y Gregorio Aráoz de La Madrid contra Rosas, conocida como Coalición del Norte (1840). En 1867, fue gobernador delegado en ausencia de Wenceslao Posse, su sobrino.

Z

CORNELIO ZELAYA. BUENOS AIRES, 1782 / BUENOS AIRES, 1855.

Militar, ganadero. Combatió durante las invasiones inglesas (1806 y 1807). Participó en las tres expediciones auxiliadoras al Alto Perú (1810-1815). Como diputado por Buenos Aires, votó la Constitución unitaria de 1826. Apoyó la revolución de Juan Galo de Lavalle (1828), cuyo fracaso lo condujo al exilio. Fue jefe de la Fortaleza de Buenos Aires (1852) hasta su deceso.



ÍNDICE

Introducción	5
El cañoncito de plomo	9
La leyenda del inmortal	21
La niña y el general.....	33
La adivina	41
El traidor	49
El último cigarro.....	59
Capuletos y montescos.....	69
Indultado por amor	77
El pájaro enjaulado	85
El reloj	97
Aquel 9 de julio.....	109
Los protagonistas	117



TE CUENTO QUE RICARDO LESSER...

... tenía una abuela. Chonchona, la llamaban, pese a que tenía un nombre precioso: María de la Natividad.

La Chonchona era viejita, parecía que había nacido viejita, pero no arrugada, no. Al contrario, tenía la piel lisa, los ojos celestes y unos dedos de pianista que jugueteaban sobre la cabeza de sus nietos.

Siempre sonreía con su sonrisa que a la noche ponía en un vaso con agua. No se quejaba de nada, ni siquiera de los juanetes que deformaban sus zapatitos sin taco.

Eso sí, hablaba y hablaba y hablaba. Todo eran historias para ella. Contaba cosas de su vida, una vida de novela, maravillosa.

—Nos vinimos de Concordia, en la época del primer peronismo, después de que muriera mi esposo, que era senador radical. Vine a trabajar de mucama al hospital Rawson.

Los domingos iba a las Barrancas de Belgrano a visitar a mis hermanas. Vivían con la Pachonga, que estaba casada con Pepe, el de la ferretería. Yo vivía en Constitución, en un conventillo. Al fondo tenía su cuarto doña Dolfina, la casada con José, el primo de...

La Chonchona entretejía sus historias con la historia del país. Sus relatos siempre tenían que ver con la gente, con las familias que había conocido.

Con los años, el Chonchón, el nieto de la Chonchona, se hizo escritor. Sus narraciones hablan de familias, familias que hicieron historia. No debe ser casualidad.

+ 12 años



El 9 de julio de 1816 un grupo de diputados reunidos en Tucumán desafilaron la autoridad de Fernando VII y declararon ante los pueblos del mundo que éramos **libres**. Para festejar el acontecimiento se organizó un **baile** al que asistieron algunos de los protagonistas de las **guerras** y los **amores** con que se fue forjando la patria.



¡Estuve
en la fiesta por
la **independencia** de
nuestra **patria**!
¡Y te voy a contar
cómo fue...!

Ricardo Lesser nació en Buenos Aires. Publicó varios libros de divulgación histórica. Entre ellos, los premiados **La infancia de los próceres** y **Los orígenes de la Argentina**. Se licenció en Sociología, y siempre se dedicó a la escritura. Por eso prefiere que lo llamen **escritor de sociedades**.

ISBN 978-987-731-264-5



CÓDIGO 172762

9 789877 312645